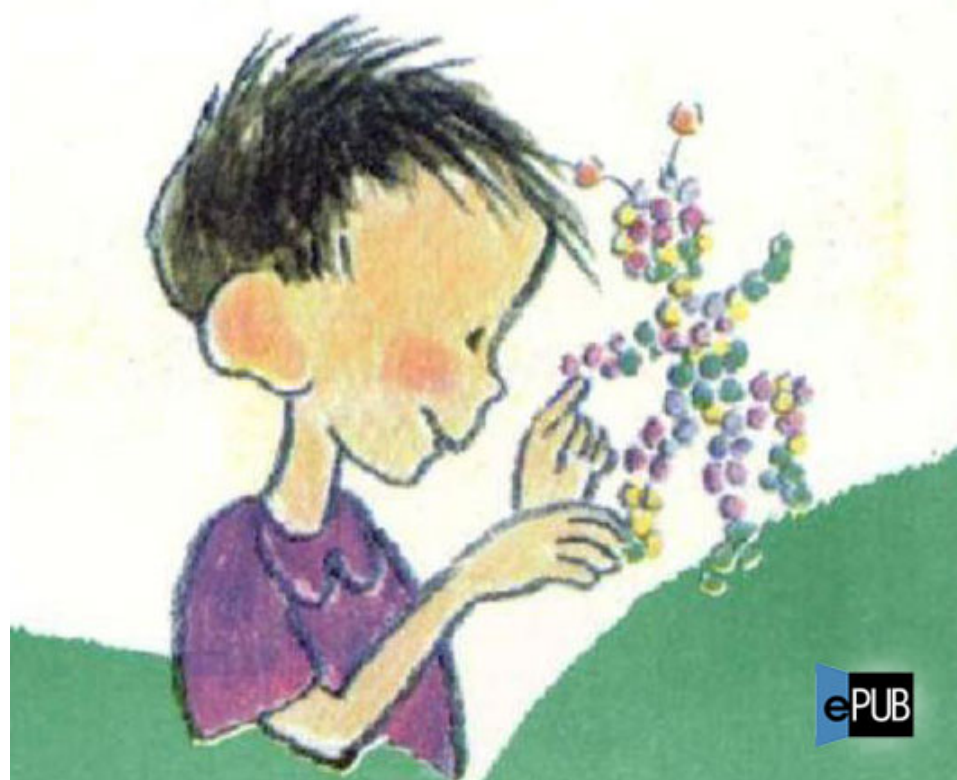


Marcela Paz

Capeluck y el marciano



Papelucho se ríe y habla solo, salta como un sapo mientras duerme y tiene hipo todo el rato. ¿Se habrá vuelto loco?, se preguntan todos. Lo que ocurre en realidad es que, aunque no lo crean, Papelucho ha aspirado a un marciano por la nariz. El extraño personaje, que vive dentro de su cuerpo se convierte en su gran amigo y, de las formas más increíbles, Papelucho tratará de ayudarlo a regresar a su planeta. Esta historia -de película- nos ratifica a Papelucho como un clásico de la literatura infantil.



eBooks con estilo

Marcela Paz

Papelucho

Y el marciano

ePUB v1.0

ZirKo 01.08.12

más libros en epubgratis.me

Título original: *Papelucho y el marciano*
Marcela Paz, 1968.

Editor original: ZirKo (v1.0)

Corrección de erratas:

ePub base v2.0

Hoy Martes 13



El papá me dijo:

—Papelucho, ven a mi escritorio...

Cuando un papá le dice esto a uno, es igual a cuando San Pedro lo ataja en la puerta del cielo: de un run se agolpan los pecados y demás cuestiones. Y ni se saca nada con pensar que el famoso escritorio es puramente cuarto de tareas cuando el papá no está. Y tampoco se saca nada con acordarse de que hace cinco minutos ese papá se lavaba los dientes en pijama arrugado y sin peinarse...

Papá juntó la puerta con manos limpias y nerviosas y me encerró con

él y todas mis culpas.

—Tú sabes por qué te he llamado —dijo.

—No tengo ni la mayor idea —contesté.

—Veamos... Pensemos un poco caballero...

—Se sentó en su silla sin sospechar que tiene una pata quebrada.

—Creo que sabes por qué estamos aquí.

—Si es por lo del gato, papá, quiero explicarle...

—No es por lo del gato —me irrumpió colérico.

—Si es por la cuestión del agua...

—No es la cuestión del agua —sus manos se ponían más limpias cada vez.

—Entonces sería mi zapato en el techo de la otra casa.

—¡No es por lo de tu zapato!

Papá traspasaba mis ojos y me hacía doler la cabeza. Pero no leía mi pensamiento ni yo el suyo.

¿Qué habría hecho yo, Dios mío? Se me atropellaban las cosas: el atornillador que se tragó la cañería del lavaplatos cuando iba a sacar la., cucharita que no sirvió para salvar al grillo que se ahogaba. ¿O sería por lo de esas colleras que convertí en medallas hace tiempo? ¿O la crema de cara que le fabriqué de sorpresa a la mamá, un día?

—Habrá que refrescarte la memoria —dijo la voz astronáutica del papá.

—Sí, papá —me apuré a contestar—. Este asunto de la memoria puede tener remedio. En el colegio hay montones de mala memoriados. Y también la mamá a veces se olvida de lo que va a decir. Parece que hay un profe que la perdió enterita y ni sabe cómo se llama. Pero yo creo que usted puede encontrar la suya. No se preocupe de la mía porque todavía soy joven y...

—¡Silencio! —bufó de repente interrumpiendo mi discurso—. ¡Basta!

Frené en seco y quedé paralelo.

Un silencio tremendo llenó el cuarto y sólo se oía mi cuchicheo interior. ¿Qué experimento raro hacía el papá conmigo? ¿Por qué me miraba callado? ¿Quién hablaría primero, él o yo? ¿O es que él estaba escuchando lo que pasaba en mi dentror y arrebatando mi secreto?

De pronto se puso calmo.

—No tienes por qué poner esa cara de culpable —dijo— Es muy simple. Quiero que me digas con franqueza, ¿qué te pasa, hijo mío? Soy tu padre. Tu mejor amigo, recuérdalo... No podía recordarlo porque era la

primera vez que lo oía. Mi padre era mi mejor amigo. Ahora no se me olvidaría jamás.

Esperé.

Él también esperó.

Pasó mucho tiempo.

—No puedo perder la mañana entera esperándote —dijo con voz de paciencia—. Te he preguntado qué te pasa... Me explico. Desde hace un tiempo tu madre y yo te notamos callado, extraño, ausente, haces cosas muy raras... Por ejemplo miras al cielo mucho rato. ¿Tienes dificultad en ver?

—Sí —contesté.

—Pero me ves a mí ¿no?

—Sí, claro...

—¿Ves lo que dice esta carta?

—No.

—¿La ves borrada?

—No, la veo patas arribas.

—Bien —dijo enderezando la carta—. No tenemos por qué preocuparnos de tu vista. Ahora explícame ¿por qué saltas como sapo y a veces hasta dormido?

Sentí calor en las orejas. Mis saltos son asunto mío. Papá está tratando de perforar mi secreto... Yo nunca le pregunto a él por qué estira el cogote y se mete el dedo en el cuello. Ese es asunto de él.

—Antes era campeón de salto —dije enrabiado.

—No está muy claro eso. Tus saltos no son de entrenamiento. Son de sapo...

Ahora estaba seguro: papá sospechaba de mí. No hay nada más cargante que sospechen de uno. Y él quería asegurarse si el marciano estaba dentro de mí. Si se convencía me iba a hacer operar, y me lo sacarían igual que mi apéndice. Mi marciano es mío y yo lo protegeré de los curiosos. Nadie vendrá a quitármelo.

Ahora hay otro sistema de entrenarse —dije.

—Otras veces te quedas largo rato callado, como escuchando algo. Luego te ríes o hablas solo... Te enojas sin motivo y alegas a nadie... ¿Es también un modo de entrenarse?

El marciano y yo nos reímos... Siempre que nos reímos los dos a un

tiempo me da hipo.

—¡Ah! —dijo papá—. Y también ese hipo que te viene a cada rato... Creo que debería verte un médico.

—Es hipo-dérmico —le contesté—, así dice el profe.

—¿Y el porqué miras tanto el cielo? —se veía en las manos del papá que estaba apurado.

—La cuestión de los astronautas sin cápsula, los ovnis, los...

—Ya, ya —me irrumpió—. No te preocupes, no hacen daño. Y ya es tarde. Tengo que volar a la oficina. Quedamos entonces en que soy tu mejor amigo, que te estás entrenando para campeón de saltos y que no tienes dificultad en ver. ¿No es así? ¡Adiós! —y salió como un chifle a pillar su micro.

Pero yo lo alcancé y lo pillé al justo cuando iba a trepar en él.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Qué es dificultad de ver? Usted es mi mejor amigo y quiero que me explique...

Puso cara de loco cuando el micro partió.

—Dificultad de ver es ver mal... —dijo estirando el cogote y pasándose el dedo por el cuello.

—¿Es por eso que no veo a los astronautas sin cápsula?

—Nadie los ve porque están muy lejos —clamó—. Y ahora por tu culpa tendré que tomar taxi.

Apenas hizo dedo frenó un taxi y al partir en él, en vez de estar feliz tenía una cara de caballero de esos que le han robado la billetera.

Det y yo nos quedamos mirando el taxi que se perdía entre muchos.

—¿Por qué no fuiste con él a su oficina? Quiero conocerla —dijo Det.

—También yo quiero conocer la luna... Pero tengo que hacer tareas.

—Eres aburrido. ¿Qué son tareas?

No contesté y entré a la casa. Pero Det estaba enrabado y cuando le da por pelear es molesto como un dolor de muelas. Porque uno ni sabe lo que quiere él y lo que quiere uno. Las ganas suyas y las mías, distintas y furiosas. Bueno es pelear con otro, pero pelear por dentro es rotundamente fatal.

Y por eso me eché al suelo de guata. Es la única forma en que Det se duerme y deja en paz.

—¿Qué hace ahí? ¿Está enfermo?

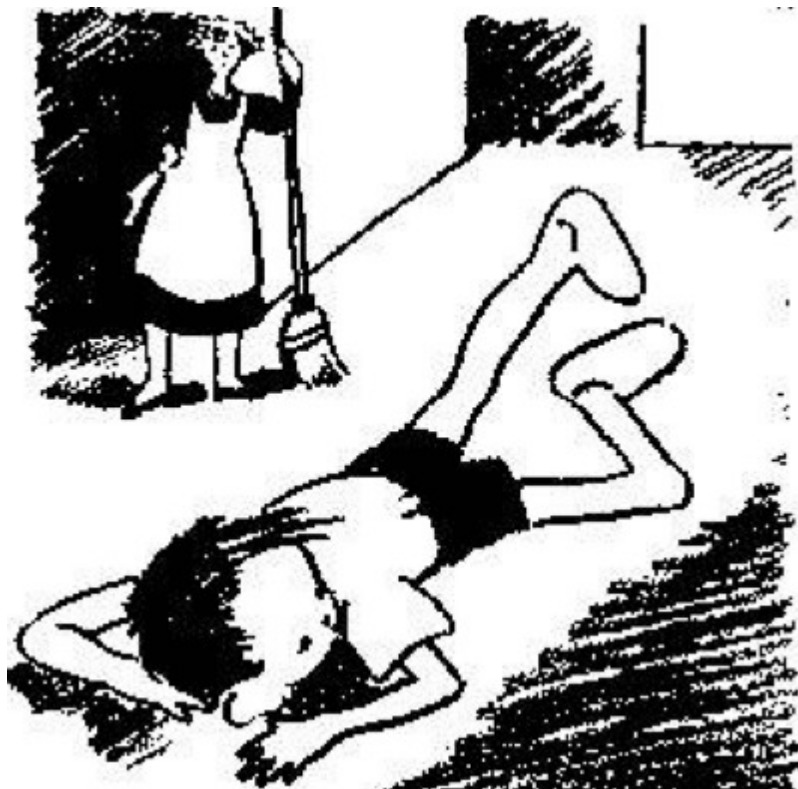
Llegó la Domi con su famosa escoba haciéndome cosquillas en las

orejas. Igual que el papá. También ella quiere saber lo que me pasa. ¿No puede tener uno su secreto propio?

Me hice el muerto. En esta casa sólo respetan a los muertos.

Barrió, plumereó, cantó, suspiró y por fin pasó el dedo por la mesa.

—Todo se pierde en esta casa —dijo—. Hasta el paño amarillo. Fijo que este pobre niño se lo ha comido... Se había puesto tan raro... Más vale que se muriera el pobrecito. Porque el patrón ya lo iba a encerrar por raro...



—¿Encerrarme a mí? ¿Dónde? —resucité de un brinco.

—¡Ave María! —chilló la pobre asustada—. Yo lo creía muerto...

—¿Quién dijo que me iban a encerrar?

—Una no tiene la culpa de oír lo que hablan en el comedor...

—¿En qué me van a encerrar?

—En un hospital de locos, creo yo. Así se mejora al tiro.

—No estoy enfermo.

—Ningún loco se cree...

No sé qué cara puse, pero la Domi estaba arrepentida de lo que dijo.

—Loco de veras no está. No se preocupe. Yo le hago un sahumerio y lo dejo como nuevo. Pero me guarda el secreto...

Otro secreto más.

—Voy a pensarlo, Domi —le dije— y te contesto...

Tenía que consultarlo con Det, no fuera a matarlo. Salí corriendo y me trepé al peral que es la única parte donde uno puede estar tranquilo para pensar y conversar con Det.

Desde la última rama del peral salté al tejado, pero estaba tan caliente y apenas lo toqué salió humo de mi zapato y di un brinco.

—¿Qué pasa? —dijo Det en mi dentror.

—Me quemé un pie...

—No sirves para nada... —dijo—. Que te quemas, que tienes que hacer tareas, que hace hambre...

—¡Te callas! —dije furiondo—. ¡A ti no te importan esas cosas porque eres de otro planeta y no entiendes nada!

—Entiendo —dijo él—. Lo que tú sientes es miedo. Miedo a quemarte, miedo al hambre, miedo a que te encierren por loco...

Todo le aguanto a Det menos que me llame cobarde. Eso no.

Yo lo tengo alojado en mí, primero porque hay que darle asilo al peregrino, segundo porque mientras no pueda viajar yo en la cápsula espacial, al menos puedo ayudar a un marciano y tercero porque si lo tengo dentro soy casi uno yo mismo. Y no es fácil, viviendo entre gente tan distinta que se cree inteligente y no sabe nada de ellos.

Soy valiente y soy hombre porque a nadie le he contado el secreto que tengo.

Y ahora escribo mi diario para que no se me olvide cuando sea viejo.

Fue esa tarde, cuando oí un grito en la calle. Salí afuera y vi un montón de gente en una esquina. Los curiosos se juntan cuando hay algo que ver y yo quise saber lo que era eso.

Me costó abrirme paso entre las piernas de tantos, Nadie hablaba. Parecían estúpidos y sin idea alguna. Hombres, mujeres, coléricos y perros hadan redondela y yo me entremetí a mirar. No era más que un pedazo de platillo volador cualquiera y nadie se atrevía a tocarlo. Estaban todos momios, mira y mira.

Me volví con desprecio. ¿A qué tanto mirar si lo único importante ya no estaba? El marciano del platillo había desaparecido, dejó el aparato en panne y hasta su propio casco en la vereda. ¿O andaría rondando entre nosotros disfrazado de invisible?

Sentí pena del valiente marciano que llegó hasta nosotros y tuvo que esconderse. Porque ellos son tan choros que ni se dejan pillar.

¿O es que la curiosidad del hombre los derrite y pulveriza?

Me marché del pelotón de curiosos con pena y rabia. Entré en casa y para distraer mi congoja me encerré a hacer tareas para un año entero.

Y esa noche mi mamá tuvo que despertarme para que me desvistiera.

Lo malo fue que junto con meterme en la' cama me desvelé rotundamente. Aunque era plena noche yo estaba entero de día y sentía el silencio que latía en todo el mundo. La luna se E colaba en gotas por la polilla de mi cortina yf allá en el horizonte roncaba el papá como tigre. La gotera del baño repetía esa marcha que obliga a marchar y el hambre supersónico me ponía rabioso. Había pasos hipócritas y voces secretas de piratas nocturnos, de esas que se han salido de órbita y andan sueltas aprovechando la noche.

Yo no tenía miedo. La última vez que tuve miedo fue cuando era chico, esa vez que me caí del tejado, y fue poquito antes de llegar al suelo. Pero entonces juré no tener nunca más miedo, y he cumplido.

El alboroto de mis tripas me obligó a levantarme. Ojalá que la Domi no hubiera lavado los platos esta noche. Porque nadie se acuerda en. esta casa de que hay hambres nocturnas...

Encontré un raspado de sopa fría en una olla y al languetear la cuchara oí un lamento muy largo en alguna parte.

Apagué con violencia la luz de la cocina y entonces... ¡pude ver al marciano! Fue la última vez; ahí a mi lado. Era hecho de puntitos bailones y un poco luminosos que se veían sólo en la oscuridad. Era más chico que yo y tan blando como, el humo de un cigarro. Casi pura cabeza, y quizá algunas patas que flotaban al compás de suspiros.

¡Pobre marciano metido en una cocina desconocida! Suave, blando, onduloso, casi sin cuerpo —tal vez de puros puntos de luz— entre nosotros los hombres duros, hediondos, que comen y transpiran, que pisan, que trabajan, que hacen casas con techos y murallas y cocinas calientes.



No quería asustarlo y me quedé muy quieto. No fuera a reventarle alguna cosa al dar un paso. ¿Qué podría decirle? Él no entendía mi idioma. Había huido del grupo de curiosos y se escondía en mi casa. Yo sin querer lo había asustado...

Quería darle confianza, ser su amigo. ¿Cómo podría ayudarlo?

Pensando en esto estaba, cuando justo que me picó la nariz y estornudé. Fue uno de esos estornudos que chupan todo el aire hacia dentro, de esos de aspiradora. Y al mismo instante desapareció para siempre el marcianito. No quedó un solo punto en la cocina.

Poco a poco me di cuenta que lo había aspirado y lo tenía en mí. Mi cuerpo se había vuelto de plomo con remaches en todas las bisagras de mis piernas y brazos.

Yo no pensaba con claridad. Todo estaba revuelto en mi dentror. Ahora pensaba a dos voces, todo con sí y no al mismo tiempo. Y sentía al marciano que se agrandaba y se achicaba adentro, acomodándose,

reajustándose, como haciéndose un hueco. ¡Pobre gallo!

Por fin me decidí a ayudarlo. Si fuera yo el caído en Marte me gustaría encontrar un amigo. Ese amigo era yo para él.

—¿Quién anda ahí? —irrumpió en el silencio la voz de mamá muy soñolienta.

—Yo —dije— tenía hambre y vine a comer algo—

—¡Derechito a la cama! —ordenó majestuosa.

Quise obedecer y no pude. El marciano me pesaba como si fuera plomo derretido en mis venas. No lograba despegar un pie del suelo para dar un paso.

—No sé quién eres —dije en cuchicheo—. Pero quiero ayudarte y soy tu amigo. Vámonos a dormir...

—¿Dormir? —dijo una voz como de remordimientos de ayer—. ¿Y eso qué es?

—Descansar —expliqué— ¡Vamos! —pero no podía moverme.

—No te entiendo —dijo la voz en mi dentror. Entonces entendí que él no entendiera. Un marciano es distinto a uno.

—Ponte liviano para que pueda moverme —le dije.

—¿Qué es liviano?

Chitas que resultaba difícil explicar. ¡Paciencia!

—Oye —le dije—. Quitá el freno como si fueras a volverte a Marte en tu platillo.

—El platillo clotió —dijo la voz.

—No es razón para quedarnos clavados para siempre en la cocina. ¡Desembrágate! —ordené. Y entonces algo se aflojó dentro, me sentí más liviano y pude andar.

Volví a la cama, me acosté y me tapé. No quería volver a estornudar para que no escapara el marciano. Y me picaba tremendo la nariz.

—Oye —dije cuando estuve tapado hasta las orejas—. Cuéntame un poco de ti... ¿Quién te mandó a la Tierra? ¿Viniste puramente a curiosar?

—A mí no me manda nadie —dijo y dio un salto dentro—. Muchos vienen y yo también vine. Pocos vuelven.

—¿Cómo te llamas?

—Det. ¿Y tú?

—Papelucho.

—¿Qué haces? ¿Siempre descansas?

—Puramente en las noches. Voy al colegio en el día, estudio, juego.

¿Tú no duermes?

—Nooo. Yo me evaporo y tampoco entiendo jota de lo que a ti te pasa. Más me valía no haber venido a este planeta. ¿Cuál es?

—La Tierra.

—Ni oí hablar de él. No vale mucho la pena, me parece... ¿Me ayudarás a volver a Marte?

—Si supiera cómo, capaz que fuera contigo...

—¿No hay platillos aquí? ¿No se consiguen?

—No todavía... pero podríamos fabricar uno entre tú y yo.

—Sí. Necesito volverme.

—Lo haremos juntos mañana...

—¿Qué es mañana?

—Otro hoy, pero después.

—No entiendo. En todo caso guarda el secreto de mí. Que nadie sepa que estoy aquí en la Tierra.

—¿Eres muy importante? ¿Eres hijo de un rey? ¿Eres niño?

—Soy Det y tú te callas de mí. No le dices a nadie que estoy aquí jamás.

—¡Jamás! —repetí y por fin me dormí.

Miércoles 14

Si yo hubiera sabido lo que es alojar a un marciano, quizá lo habría expulsado el mismo día.

Antes yo podía pensar y hacer mi gusto. Ahora no. Porque tener a Det adentro resulta molesto: que sí, que no, cada cosa. Lo que yo quiero no lo quiere él, lo que yo hago no lo entiende. Y lo que él quiere no lo entiendo yo.

Trepase al peral salió fatal. A Det le dieron ganas de seguir trepando hasta llegar a Marte y yo por darle el gusto subí y subí... Me parecía chora su idea y si él me ayudaba... Pero cuando menos lo pensábamos se acabaron las ramas y pescado de unas hojas ¡zas! nos vinimos al suelo con unas cuantas peras.

Por suerte nadie nos vio y también por suerte había un mantel pituco tendido en las ramas a secar. Sirvió de red un instante y se rasgó en dos de puro viejo. Total la mamá tiene ahora dos manteles y yo un cototo en la frente.

A la mamá le dio con que:

—¿Por qué no comes, hijo? Estás pálido y creo que tienes fiebre.

Det se había aturdido con el golpe y ni chistaba. Yo tenía susto que se me hubiera escapado. Todavía tenía muchas ganas de tenerlo conmigo y me daba cototo pensar en todas las maravillas que habríamos podido hacer juntos.

Pero cuando llegó el postre, que era una fuente de peras verdes y otras machucadas, se despertó el marciano.

—¡Ya viene! ¡Ya viene! —empezó a transmitir como un telégrafo!

—¡Cállate! —le dije—. Todos vemos las peras porque tenemos ojos.

—¡No! —rezongó enrabiado— ¡Es lo otro! ¡Ya se acerca!

—No te entiendo —le dije y en ese momento comenzó a aullar el

Choclo, y entendí..

—¡Ya viene! —grité en coro con Det y salté de la silla.

Un remezón gigante de la tierra, un temblor grado mil y volaron las copas y los platos y la fuente con peras se escapó de las manos de la Domi para ir a parar en la propia cabeza del papá. Era una fuente antigua de no sé cuántos kilates de porcelana y se hizo añicos.

—¡Socorroooo! —gritaba la Domi tapándose la cabeza con la pollera para librarse del yeso que caía del techo.

—¡Terremoto! —chilló la mamá arrancando. El papá se apretaba la cabeza para juntar los huesos de su calavera quizá quebrada. La Ji corría detrás del Choclo que seguía ladrando.

—¡Misericordia! —gritaban en la calle las vecinas. Todas las caras parecían de historieta. Yo estaba muy tranquilo. Det me tranquilizaba.



—¿Por qué arman tanto jaleo? —preguntaba Det.

—Bueno —le dije—, es un temblor grado mil, un terremoto...

—¿Y eso qué tiene de particular?

—¡Nada! que se caen las casas y muere gente aplastada...

—Pero ¿para qué hacen casas si se caen? —me preguntó y yo me quedé pensando ídem. Total, si no hicieran casas, ¿qué importarían los terremotos?

En eso volvió la mamá al comedor donde yo estaba. Venía loca de

horror y traía los ojos al revés. Sus manos me cogieron como inmensas arañas.

—Hijo ¿no ves que tiembla? ¿Quieres morir aplastado? —gritó. Y me arrastró a la calle.

Afuera había unas cuantas tejas quebradas y total lo del mantel ni importaba al lado del remezón. El cototo del papá iba subiendo y era ya casi tan grande como el mío. La Domi lloraba a chorros y la Ji se reía tratando de bajarle los pelos al pobre Choclo que estaba muy nervioso.

Había mucha gente en la calle y todos contaban a un tiempo lo que estaban haciendo en el momento del sacudón. No sé para qué explicaba doña Rosa, cuando todavía tenía la pollera arremangada... La vecina de enfrente se abrazaba a un inmenso reloj.

—Siempre salvo mi reloj —decía— para saber la hora del temblor.

—Yo salvé mi radio —decía la Rudecinda con cara de premiada. Todos eran amigos y el único rabioso era el papá por su cototo. Es lo bueno de los temblores porque se acaban las peleas, los retos, los castigos.

Entramos otra vez en la casa y ahí estaba la crema. Había terrones y yeso en todo el suelo, revuelto con peras y pedazos de fuente. Los cuadros chuecos en la muralla lo mareaban a uno más que las lámparas. Una voz decía:

—Noticia de último minuto: la agencia Taft de Nueva York anuncia un temblor en la región central de Chile.

Era la radio que había quedado funcionando con sus noticias atrasadas, como siempre.

Subí corriendo a mi cuarto antes de que llegara la mamá a ordenar. Quería ver mis ruinas propias y aproveché de quebrar lo que olvidó el temblor y que era ese florero cargante que siempre amenazaba de caer y que jamás cumplió su palabra.

Mi cuarto estaba choro. Tenía tres hoyos electrónicos: uno en el techo con vista a los satélites, uno en la muralla con vista a los vecinos y otro en un rincón con vista a las cuevas de los ratones nocturnos. En cuatro patas me metí por él y recorrí ese mundo desconocido. Era supersónico. Oscuro y misterioso con olor propio y lleno de esas cosas que a uno le prohíben guardar: pedazos de pan duro, papeles molidos, suelas de zapato antiguas, algodones plomos y clavos y pulseras. Era una mina de esas que uno necesita tener y donde encuentra siempre lo que le hace falta.

Lo único malo es que mi entrada asustó a los ratones y partieron

galopando a esconderse en un hoyo donde yo no cabía. Los pobrecitos creían que yo era un enemigo. Ahí vendría yo a echarles más tarde comida y más tesoros para su mina. Pobres ratoncitos que la gente los obliga a vivir escondiéndose. Y también los obliga a ser ladrones... Si nadie les da comida ¿de qué quieren que vivan?

Eso me dio la idea de hacerles un supermercado propio, con de todo. ¡Qué felices van a ser mañana! Lo importante por ahora es disimular la entrada de mi cueva, antes que se les ocurra taparla... Por eso salí gateando, atraqué el catre a la esquina y dejé invisible el hoyo.

Cuando bajé no había nadie en la casa. Todos otra vez en la calle y con la mano en el pecho.

—¿Dónde estabas, Papelucho? Todavía caen trozos de yeso y algo parecía galopar en el techo... Creo que todavía tiembla... —decía la mamá.

—No tiembla —le aseguré— siempre queda penando un temblor por algún rato y eso es señal de que terminó —le dije.

Cuando estuvieron tranquilos, el papá subió, vio mi catre en el rincón y preguntó:

—¿Desde cuándo tienes ahí tu catre?

—¡Puh! Desde hace rato... —dije y él se quedó mirando al cielo.

—Menos mal que esta casa es arrendada —dijo—. Buenos pesos va a costar acomodarla...

Apenitas se fue él de mi cuarto, salió la Ji de debajo de mi catre.

—Toma —me dijo— se quedó en la cueva tu lapicera... —y me la entregó bien áspera.

—¿Cuándo entraste tú ahí?

—Yo entro todos los días —dijo ella— a traerles comida a mis ratones, en vez de dormir siesta. ¡Ellos me conocen y no se esconden de mí!



A la Ji le brillaban los ojos y ni sabía que me sacaba pica.

—Voy a ayudarte a juntarles comida, tanta comida que no tengan que salir nunca más a buscarla. Así estarán seguros y no habrá peligro que traigan un gato a esta casa... —le dije.

—Ellos le tienen compasión al gato vecino —dijo— siempre le tiran al tejado lo que a ellos les sobra...

—¿Y no le tienen miedo?

—¿Por qué van a tenerle miedo si el gato vive de lo que ellos le dan?

—¡Bajen niños! —gritó la voz de la mamá.

Det, que se había dormido desde el temblor, despertó con un brinco.

Los tres bajamos corriendo pensando que ahora había incendio...

Pero no. Puramente los nervios de la mamá. Resulta que el famoso temblor no botó ninguna casa ni cosa, sino que la de nosotros, que por suerte no es nuestra. Es de un señor propietario.

Todos los vecinos han entrado a verla y dicen que se cae de todos modos, con o sin temblor y compadecen al papá y a la mamá. Así que la convencieron que no podemos dormir en ella ni una noche porque amanecemos cadáver.

Como los hoteles son muy caros la mamá decidió que dormiríamos en un taxi.

Costó hartó convencer al papá y al taxista, pero la mamá se las arregla para salir con su idea, y así nos instalamos frente a la puerta de calle, creo que para verla caer.

A mí me pareció chora la cuestión porque así le dábamos libertad a los ratones siquiera por una noche, pero el asunto de acomodarse en un taxi resulta bastante molesto. De caber, cabíamos, pero a todos nos sobraban las cabezas. O sea, nos quedaban bambaleando igual que los adornos del árbol de pascua. No había cómo afirmarlas.

El papá fue el primero que se bajó furiondo y dijo que él dormía en la casa aunque se viniera abajo.

Un portazo en el taxi y otro en la casa y desapareció.

Al poco rato el chofer dijo que por pesos más pesos menos, él no se daba una mala noche, y siguió al papá. Entonces la Domi también se bajó alegando que le dolía el pescuezo y prefería amanecer reventada que mal dormida.

Total quedamos los tres con la mamá y la Ji y nos acomodamos al estilo del África, y por fin nos dormimos. Pero no tan por fin, porque al poquito rato se abrió la puerta del taxi con violencia y un señor se echó encima de nosotros con maletas y ordenó:

—¡Al aeropuerto, rápido! Adentro se armó la crema y chillaba la mamá creyendo que la cogoteaban y chillaba el señor creyendo que a él ídem. Y cuando al fin se entendieron, resulta que él había creído que el taxi estaba libre porque la Ji le había levantado la banderita con la famosa palabra.

Det quería saber todo el tiempo lo que pasaba, y yo lo hacía callar.

De repente aburrido chillé:

—¡Cállate, idiota! —y el caballero que iba al aeropuerto peloteó mi insulto y me mandó un tirón de orejas sulfuroso. La mamá por arreglarlo dijo:

—No se dé por entendido, señor, el niño es alucinado.

Así que ahora soy alucinado también.

Cuando el señor partió nos arreglamos de nuevo para dormir, pero a la

Ji le dio con que tenía pesadeces y que en vez de dormir prefería jugar al circo. Entonces la mamá sacó sus famosas pastillitas y nos metió una en cada boca y dos en la propia y de puro desvelados nos dormimos.

Resulta que al poquito rato empezó a remecerse el cacharro peor que un terremoto y una voz de trueno bramaba dentro chillando:

—¡Salgan de ahí! ¿Qué pasa en este taxi?

Era un carabinero de esos de mal carácter.

—¡Abran o rompo el vidrio!

Pero la mamá no despertó jamás. La Ji abrió un poco la ventana y yo desperté bastante aturdido.

—¿Es suyo el taxi? —pregunté cerrando otra vez los ojos—. El señor que se cree el dueño está en la casa... Y no siga molestando porque cuesta mucho dormirse.

—¿De modo que son niños vagos los que hay dentro? Van a venir conmigo ahora mismo a la comisaría.

La Ji cerró el vidrio y los dedos gordos del señor carabinero se quedaron pillados igual que una laucha en la trampa.

—¡La mamá está durmiendo y es la noche! —cuchicheó la Ji mientras los dedos gordos se iban poniendo más gordos por minuto. La cara del dueño de esos dedos era como de ogro, pero ni se oía lo que estaba diciendo su boca acelerada.

—Si usted se va tranquilito a su casa lo soltamos —le dijo la Ji.

Por fin él dijo un "sí" con la cabeza y la Ji abrió un poco el vidrio para apretarlo después, sin dedos. El ogro partió chupándose sus ídem.

Y cuando amaneció el día costó despegarnos unos de otros y de los asientos calientes y latigudos.

Entramos a la casa a tomar desayuno y al poco rato llegaron unos maestros a trabajar para arreglarla.

Uno era flaco y tartamudo entero y picaba las paredes a mil por hora. El otro era gordo y traspiroso. Iba detrás del flaco tapando los hoyos con una crema de yeso. La mamá y el papá salieron porque les daba ataque ver los montones de tierra y yeso en todas partes.

Al ratito la Domi era como hermana con el maestro gordo y casi no se podían separar. Se miraban tanto que yo creo que hacía mucho tiempo que no se veían, y se tomaban de la mano, y se quedaban pegados con el yeso. Porque el yeso se pone duro al tiro, y en una de estas tuvimos que llamar al maestro flaco para que despegara a la Domi del gordo y como es tartamudo

y tembloroso los martilló casi enteros. Pero los despegó. Si no, no habríamos podido tener almuerzo.

—Esta ca-casa de-debían ech-ech-echarla abajo —decía el maestro flaco.

—Con una buena enyesada se afirma —decía el gordo tirando yeso al techo y las murallas. En el suelo crecían los cerros de barro y yeso, ladrillos y pinturas, pero a la Domi nada la confundía y se sentía muy feliz.

Nos hizo la comida más rica y almorzamos con los maestros y el Choclo y la cosa duró hasta casi la noche.

Det se había vuelto a poner preguntón y molesto. Es raro pero aunque nadie lo oye, el Choclo ladra cada vez que él transmite y todo el mundo pregunta ¿qué le pasa a ese perro?

—Salgamos —decía Det—. Quiero hacer contacto. ¡Me llaman! —y empezó a hacerme cosquillas en las tripas. El Choclo seguía ladrando sulfuroso, hasta que al fin salí afuera, es decir, a la calle. El sol se había escondido y con eso la Domi se puso chinché y enamorosa y cargante. El maestro del yeso se limpiaba las uñas con un tenedor de memoria y miraba a la Domi acholado. Det seguía fregando y yo estaba aburrido de todo.

—¡Quiero mi platillo! —repetía Det con cantinela.

—Búscalos tú, si lo quieres.

—¿Cómo lo busco si tú me tienes preso?

—¡Yo no te tengo preso! Tú te metiste dentro —rabié.

—¡Lárgame fuera! Tengo que hacer contacto. ¿No entiendes que el temblor era el comando? Yo tengo que acudir cuando me llaman.

—Entonces mándate cambiar.

—¡Estornuda y me lanzas! —chilló Det.

Traté de estornudar. La nariz no me picaba por motivo alguno. Tendría que resfriarme para lograrlo...

Furioso me saqué la camisa, el pantalón, los zapatos y me senté en una poza de agua, junto al grifo, en puros calzoncillos.

Pero ni pío. Se había ido el día, era la noche y estaba encendido el alumbrado. Tenía el cuerpo con carne de gallina... y ni un estornudo.

Det seguía fregando. Yo me metía el dedo en la garganta por si lo vomitaba. El Choclo a mi lado ladraba ronco y aburrido.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué haces ahí desnudo?

Miré. Había un montón de gente junto a mí. Unos le explicaban a otros.

—Habla solo hace rato... Se pasea amenazando al aire... Se desnudó y

se ha sentado en el agua... ¡Está loco de remate!

—Es Papelucho —dijo una voz de vieja y una mano tiritona y rugosa me hizo levantarme.

—Vístase hijito porque se va a resfriar —dijo la voz de la mano que empezó a ponerme la camisa.

—Hay que llevarlo a su casa —dijo otra voz.

—Su casa se cayó con el temblor —dijo otra voz.

—¡Claro! El susto lo ha vuelto loco —dijo la viejita que no tenía la menor idea de ponerle a uno los pantalones.

—Hace tiempo que está raro —dijo una voz de hombre—. Sus padres no se preocupan... Debían internarlo en un hospital...

Hasta ahí no más aguanté yo. ¿Internarme a mí en un hospital? ¿Decir que mis padres no se preocupan? Me puse duro entero.

—A mí no me toca nadie —dije— y tampoco me "llevan" como si fuera cosa. Y para que lo sepan. ¡Mis padres se preocupan! —chillé y el Choclo empezó a ladrar como un león tratando de morder a los intrusos.

Se abrió el circuito de mirones para dejarle paso a un hombre de gorra, armado de un cordel y un bozal. Tenía cara de esqueleto de rinoceronte y ojos de pulga con flato y era completamente inolvidable. Lacio al Choclo y le encajó el bozal igual que uno se traga una uva y lo arrastró al furgón negro que era ni más ni menos que la perrera.

De un salto casi mortal, estaba yo ipso flatus metido con el Choclo entre mil perros huérfanos y mudos y de todos los portes, formas, caras, colores y olores. La puerta se cerró rotunda y partimos oscuros y zamarreados, camino quizá a la muerte...



El astronáutico ruido de ese furgón asesino hacía menos triste el silencio de los perros. En cada vuelta de calle rodábamos apilados en montón, igual que limones. Yo buscaba a tientas la cabeza del Choclo para tranquilizarlo. Sabía que él estaría pensando en la cámara de gases y otras preocupaciones de perro que adivina las injusticias del mundo.

Trataba en vano en la oscuridad de sacarle el bozal para que supiera que alguna vez podría volver a abrir su regio hocico y comer o ladrar si le venía en gana.

Lo conseguí por fin, pero después de sacarle el bozal a cinco perros anónimos. Menos mal que eran todos inteligentes y ninguno chistó. Puramente me langueteaban las piernas con sus lenguas calientes. Y así después fue fácil sacar todos los bozales...

Entretanto yo pensaba a chorro de qué modo podríamos arrancarnos. Por una rejilla alta de la puerta se veían las luces de la calle que pasaba pillándose. Esa puerta era inabrible con su manilla por fuera. En la cabina delantera el hombre inolvidable acompañaba al chofer asesino. ¿Cómo salir

de ahí?

Me lancé con todo el cuerpo contra la puerta insolente. Al momento los perros me copiaron y crujió la maldita. Pero jamás se abrió. Era necesario más fuerza, más impulso... Acaso una frenada del cacharro...

Mirando en la oscuridad vi que había otra reja que nos separaba de la cabina delantera. Ipso flatus les expliqué a los perros que pasaran sus colas por los hoyos y las aceleraran.

El chofer dio un bufido cuando sintió a la espalda el tamboreo de colas.

—¡Malditos quiltros! —clamó—. ¡Yo les enseñaré! —y dio toda la velocidad de su máquina para frenar de un repentón en seco.

Fue el milagro. Como una gran descarga fuimos a dar todos contra la puerta en revoltoso enredo de patas, colas, cabezas y la puerta se abrió. Caímos a la calle como un rodado gigante pero blando y callado. Antes de que partiera el furgón ya trotábamos todos en inmenso desfile galopante por calles desconocidas.

La gente nos hacía el quite como si fuéramos un tractor sin chofer y los autos frenaban para darnos el paso igual que a los huelguistas. "Era una carrera muda, con el puro sonido de las lenguas afuera.

Perros desocupados se iban juntando al desfile y los más chiquititos galopaban atrás dando saltos mortales para alcanzarnos. Era un desfile impotente y choriflai.

Correr así en multitud es supersónico, sobre todo cuando uno no sabe a dónde va ni tampoco le importa.

De pronto se oyó la estérica sirena policial y un enorme guanaco apuntó hacia nosotros con su genial chorro de agua. Su fuerza nos arrolló en un pelotón mojado y revolcado y perdiendo nuestro centro de gravedad patinamos a lomos con las patas arriba.

Pero entre la gente a veces hay cristianos. Una señora gorda abrió un portón de su garaje y con su escoba nos ayudó a rodar dentro y aunque el chorro de agua nos seguía, cerró la puerta y se plantó al frente como un guerrero.

Poco a poco nos sacudimos del agua y nos enderezamos en silencio mientras oíamos la brava pelea de la señora con los carabineros.

Abra y largue esos perros que son de la perrera —decía una voz.

No abro porque es mi casa —su voz estaba mojada.

—En nombre de la ley tiene que abrir.

Traiga una orden del juez y ahí veremos —estornudaba ella.

Por fin partió el guanaco con tremendos ruidos de cambios. El garaje se abrió atrás por una puertecita misteriosa y apareció la señora trayendo una bandeja llena de platillos con leche.

—¡Ah! —dijo al verme—. Tú no eres perro y no me das confianza... ¡Mejor te largas!

—Me iré cuando esté seguro de que ellos no serán recogidos por la perrera —clamé con voz de héroe.

—¿Qué te crees? ¿Que soy una traidora?

—No, pero usted quiere echar a su único amigo que soy yo.

El Choclo se puso a ladrar y con él todos los perros a un tiempo y como el garaje tenía eco, tronaban las murallas como si fuera a venirse abajo.

Entonces la señora entendió y se puso reverenciosa conmigo.

—Perdón —dijo—. Ahora lo comprendo. Ellos me lo han dicho y estoy a tus órdenes. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Aunque es asunto suyo, creo que es mejor que nos deje en libertad antes de que vuelva la perrera con su famoso juez en orden.

—¡Bravo! —aplaudió con sus manitos gordas y sonoras de anillos y pulseras—. Bravo, bravo, es una gran idea... —y abrió de par en par la puerta por donde habíamos entrado y nos lanzamos todos al galope cada uno en dirección distinta. Lo último que vi de su cara eran sus ojos con lágrimas.

Cuando llegué a mi casa había un radio-patrulla en la puerta.

Casi me volví atrás, pero ahí estaba la Domi llorando mientras el maestro del yeso la consolaba.

—¡Alabado sea Dios! —dijo al verme—. Todo el mundo buscándolo...

Entró el Choclo primero y lo seguí. Ahí estaba el papá paseándose, la mamá sollozando en una silla y la Ji abrazada del teniente, además de dos vecinas que hablaban a un tiempo.

Al vernos todos quedaron mudos.

Se oyó un golpe en el techo y el Choclo levantó sus bellas orejas. Yo lo sujeté fuerte mientras el papá hacía una carraspera y la mamá se sonaba definitivamente.

—Veo que ha vuelto el niño —dijo el teniente.

—En efecto —dijo el papá, poniéndome la mano paternalmente en la cabeza.

—Antes de que me retire ¿desea usted hacer una declaración? —preguntó el teniente.

Como el papá no parecía seguro de hacerla, hablé yo.

—Señor teniente —le dije—. Si usted tuviera un perro que es su mejor amigo, ¿dejaría que se lo llevara la perrera?

—No, desde luego que no.

—Yo hice lo que usted habría hecho, nada más. Es mi declaración.

Las señoras vecinas se miraron, le suspiraron a la mamá y al papá y por fin se fueron.

El teniente me dio un tremendo apretón de manos y me dejó todos los dedos pegados para siempre.

La gente es muy distinta de lo que uno aprende en la Historia Sagrada. Siendo que yo era un hijo completamente pródigo, no hicieron ninguna fiesta para recibirme y me trataron igual que si nada hubiera pasado. Ni siquiera me preguntaron la aventura de la perrera. Porque son padres modernos o tal vez subdesarrollados.

La cosa es que se fueron a comer donde la tía Lala porque la mamá tiene alergia al yeso y a los temblores de casas en ruinas.

La Domi nos dio comida que le sobró del almuerzo y lo que nos sobró a nosotros se la llevamos a los ratones con la Ji.

Ahí estaban los pobrecitos nerviosos y acorralados en su cueva oscura, muertos de miedo que fuéramos enemigos. Como no me conocen, tuve que salirme del rincón para que se atrevieran a banquetearse.

En el entretecho había una gran ventana al cielo y por ella pudimos ver con la Ji varios platillos voladores de esos que llaman ovnis. Det se puso saltón cuando los vimos y empezó a hacer unos ruidos extraños que no pude entender. Seguramente se estaba comunicando con ellos.

Debe ser raro cuando uno está en otro planeta divisar a los amigos que se acercan pero no llegan hasta uno. Debe ser muy tremendo...

Yo, pensando esto, quise ayudar a Det y asomé la cabeza por el hoyo donde faltaba la teja. Abrí la boca y traté de tener hipo, pero sin resultado.

Un platilo se había detenido arriba frente a nosotros. Era rojo, luminoso y con olor de noche. Hacía muchas señas con su luz pestañeante y yo sentía que Det recibía los mensajes porque se iba poniendo pesado y más pesado, igual que la noche que se metió en mí.

De pronto me recorrió un tilimbre de la cabeza a los pies y me caí por el hoyo y el otro hoyo y fui a dar a mi cuarto..



No sé si me dormí o simplemente me aturdí. La cosa es que esa noche no desperté jamás, ni siquiera a la hora del desayuno...

Cuando íbamos a almorzar, vino el Choclo a buscarme con su novia. Era una quiltra fina de esas regalonas premiadas y escobilladas que están siempre ladrando en una ventana de auto o de casa pituca. Se habría arrancado de unos brazos polvorosos y pulserosos de los que aburren con sus cariños viejos. Ayer había corrido al lado del Choclo en el desfile y yo no pensé jamás que era por interés de él. Según dice la Domi anoche durmió aquí en la cocina, más feliz que en la cama pituca que le tendrá su dueña. Lo malo es que el Choclo no sirve para marido. Uno se da cuenta de que es solterón egoísta y ni la mira, se come solo la comida que les dan a los dos y por último le preocupan más los ratones de mi cueva que su novia.

El papá y la mamá están muy cariñosos conmigo y me ponen atención

cada vez que les ha" blo. Me hacen sentirme "otro". Tampoco les parece mal que tenga ahora dos perros en vez de uno, y no me preguntan nada ni me prohíben cosa alguna. Uno llega a pensar que uno no es uno mismo y claro, le dan ganas de probar si es uno el que ha cambiado o son ellos.

Por eso hice Un ensayo para saber quién es quién.

—Mamá, una vez dijo usted que me daría una fiesta para mi cumpleaños.

—Por supuesto que te la daré —dijo limpiando una foto apestada de moscas.

—Lo malo es que ya pasó mi cumpleaños... —dije fatalmente.

—¡No me digas! ¿Cuándo fue? —paró de limpiar, me miró y escupió el trapo para seguir limpiando.

—Usted debería acordarse. Yo era guagua cuando nací.

—En realidad, lo siento. Pero podemos celebrarte cuando quieras.

—En ese caso podríamos hacer una fiesta de... matrimonio. Tengo un amigo que se quiere casar.

—¿Qué? —dejó caer el trapo y los brazos. Ahí me di cuenta que ella era ella. ¿Sería yo yo mismo?

—No es de esos matrimonios con flores y velos. Es el Choclo el que se casa. Me gustaría celebrarlo en vez de mí.

La mamá se sentó en el suelo y empezó a reír y reír y reír y de repente frenó y se puso seria como esas señoras que uno pisa en el micro.

—Lo celebraremos, hijo. ¿Cuándo será la boda?

—Mamá los perros no tienen boda. Pura celebración.

—Entiendo —puso cara de estar sacando la cuenta del almacén—, invitarás a tus amigos y compraremos helados y galletas.

—Invitaremos a los amigos del Choclo, claro. Los helados tendremos que derretirlos ¿no?

—Sí, seguramente. Pero supongo que el Choclo tiene pocos amigos. Pelea con todos los perros vecinos. Yo diría que no tiene amigos.

—Se ve que usted hace muchos años que salió del colegio —dije—. Pelear es ser más amigos, es tener confianza. Yo creo que serán veinte los invitados para que de verdad parezca fiesta.

Nunca supe lo que quería decir con los movimientos raros de cabeza en órbita, pero sí me quedó mirando como si yo fuera "otro".

—Tú dispondrás la fiesta como quieras —me miraba como si yo fuera obispo—. Un matrimonio es una celebración importante, y la haremos a tu

gusto.

Justo en ese momento entró el Choclo seguido de su novia y como ella no conocía a la mamá empezó a ladrarle.

Ipsa flatus Det se volvió molesto y comenzó a fregar. No sé qué pasa con los ladridos de perros y los marcianos, pero se ve que les producen tilimbre o electro-rabia y se desesperan.

—Hasta cuándo me tienes encerrado —clamaba Det sulfuroso—, la famosa Tierra es una lata y quiero irme... Hace dos días que duermo sin alivio ¡Sácame a respirar!

—¡Por mí puedes respirar hasta que revientes! —le dije en mi dentror tratando de que la mamá no se pusiera sospechosa o detective. Para disimular mi pelea con Det, comencé a pillarle las pulgas al Choclo y a su novia, así no ladraban. Pero Det con su carácter marciano siguió buscando la camorra:

—¡En mala hora me vine a la Tierra cuando pude irme al Sol! —decía—. Aquí todo se vuelve murallas, techos, ruedas, motores y colegios. Hasta para volar se encierran en cuartuchos duros y ruidosos...

—¡Tú te callas! —contesté—. Eres un simple marciano caído de su platillo y eso no sirve a nadie. Si al menos lo tuvieras todavía, te daríamos boleto...

Mientras le sacaba pica, iba echando las pulgas en una caja de fósforos. Det comenzó a rascarse dentro de mí como si las pulgas me las hubiera tragado y claro yo me retorecía con sus retortijones.

La mamá redondeó sus ojos y sacó rápidamente una de sus pastillas que siempre tiene a mano. La echó en un vaso de agua con mano tiritona para hacérmela tomar.

—Bébetelo, mi lindo y te sentirás mejor

—decía.

—¿Es bueno para los nervios? —pregunté.

—Sí y para todo lo demás...

Aproveché que la mamá partió a guardar el frasco para darle el agua con pastillita al Choclo que era el nervioso.

Las mamás no saben de planetas, de marcianos, de ovnis ni de nada científico y ni sospechan lo que nos sucede.

El Choclo bostezó y empezó a quedarse dormido con todas sus pulgas mientras yo íne hacía el leso de todo lo que transmitía Det rezongando del mundo.

—Eres un niño juicioso —dijo la mamá al ver el vaso vacío.

—No tanto como usted cree —contesté—. Mamá, ¿por qué no lee algo sobre planetas?

—No tengo tiempo —dijo lavando bien el vaso como si adivinara que tenía lengua de perro—. Y dame esa caja de pulgas...

—¿Qué hará con ellas?

—No hagas preguntas tontas.

—Es que las necesito —contesté definitivamente.

—¿Para qué?

—Usted no entiende de ciencia... ¿Qué saco con explicarle dé un motorcito a retroimpulso palpitante vitalicio inodoro?

—¿Eso es ciencia? Lo que sí sé es que si largas esas pulgas se infestará toda la casa y no acabaremos nunca con ellas.

—¿Cómo se le puede ocurrir que voy a largarlas con lo que me ha costado juntarlas? Algún día usted comprenderá por qué las guardo, cuando vea que el mundo reemplaza un motor a bencina por otras cosas...

Me miró de hipo en hipo/ sin hablar, y yo guardé la caja en mi bolsillo. El Choclo roncaba a nuestros pies y su novia parecía preguntar qué le habíamos hecho.

Entonces apareció la Domi a avisar que se había terminado el gas y le cambió a la mamá la preocupación de mí por la del balón.

Si yo hubiera sabido todo lo que iba a pasarme con alojar al marciano, lo habría dejado escapar el primer día.

Ahora me he acostumbrado a que me crean cucú. Tengo dentro un marciano que también me cree ídem, así que llego a convencerme que a lo peor estoy cucú.

A ratos me consuelo pensando que a los sabios siempre los creen locos; pero lo malo es que los pobres sabios trabajan toda la vida para hacer un invento y resulta que ese invento lo hace otro y de pura casualidad, y sin ser sabio tampoco.

Así que para inventar un platillo volador que se lleve al marciano, con o sin migo, tengo que trabajar en cosas fomes, y así me resulta seguramente de casualidad. Por eso guardo mis pulgas para después que resulte, o sea para mañana o pasado.

Yo sé que Dios ha puesto en el mundo miles de cosas choras para que uno las descubra o las invente. Pero sólo a algunos nos da el radar de

pillarlas.

A mí me da la tincada de que los perros son trasmisores y tienen su antena de temblores y patillas con los astros. Yo creo que sus antenas son las pulgas, o sea su teletipo. Por eso me interesan y también porque nadie las quiere.

Cada vez que me vienen estas ideas trato de ponerme distraído y pensar en tonteras y hacer leseras. Igual que Santiago Watt cuando tapó la tetera con la cuchara, sin pensar...

Por imitar al famoso Santiago levanté la tapita de la olla a presión...

Fue un volcán que llegó al techo con tallarines y todo, y fue tanta la fuerza retromagnética que salí yo disparado hacia atrás y por eso me libré de quemarme. Esto de yo disparado atrás debe ser un invento, pero se lo dejo a otro que lo aproveche. Yo me alcancé a quemar la punta de la nariz y me duele rabiosa.



¡Cómo será el dolor que hasta Det lo sintió dentro y se le pasó el hipo!

Al poco rato comenzó de nuevo a molestar.

—Ya te achaplinaste por la pura chamuscada de nariz —me dijo—. ¿Qué hay del invento?

—Tú no sabes lo que duele quemarse —contesté—. ¿Qué es el fuego para ti?

—¿El fuego? Una de las cuantas leseras de la Tierra...

—No seas desgraciado —clamé—. El fuego es macanudo y harta falta que les hace en Marte. No hay laboratorio sin mechero con fuego y si en Marte lo usaran no tendrían qué venir a intrusar a este mundo...

—Los intrusos son ustedes con sus cápsulas; satélites y naves espaciales que ni dan en bor la. ¡Y hartos que nos reímos al verlas! Cada vez que se acercan les estropeamos ía tonterita esa...

Det sabe sacar pica. Harta rabia da que se burlen de uno los demás, pero cuando se burlan de uno dentro del ídem, es cataclítico.

Me enfurecí.

—Vas a ver lo que es un laboratorio —dije— y lo que voy a hacer contigo...

Partí furiondo y Det se quedó mudo. Yo iba a mi laboratorio y los pies me volaban como si tuviera esquís aéreos...

Lo malo es que hace tiempo que no tengo laboratorio así que corría por la calle sin saber a dónde iba.

Hasta que por fin tropecé con el Menta, que tiene su casita de diarios y revistas en la esquina del colegio.

—¿Dónde vas tan apurado y seriote, Papelucho? —me atajó.

El Menta es reamigo mío y siempre me ha ayudado.

—Tengo un problema —le dije.

—Aquí estoy yo para ayudarte —sus ojos se fruncieron mirándome—. ¿Te duele mucho la nariz?

—Muy poco. Pero dime, ¿cómo curaban antes a los endemoniados?

El Menta tiene recetas para todo y puso cara de eclipse. Remojó el pan en su té y lo derritió en su boca.

—¿Endemoniado o endemoniada? —preguntó— ¿No será la Domitilita?

—No es ella, pero otro de la familia... En tus revistas debe haber alguna receta.

—¡Claro! —sorbió el té con tanta fuerza que por poco se traga hasta la

taza—. Hay varios métodos: el naturista, el brujo, el eléctrico y el mágico. La cosa es saber qué clase de demonio tiene adentro.

—Pongámosle que sea un demonio de esos del mediodía —era el único que me acordé más conocido.

—¿Ese? —dijo el Menta echando un flato—. Ese se cura con pura brujería.

—¿Cuál brujería?

—Hay que tejer una calceta de puras canas al aire...

—Oye, Menta, no es chacota. El endemoniado ya no se aguanta...

El Menta se langueteó su diente de oro y me miró con paciencia.

—Mejor me dices lo que sientes y yo te preparo un aguüta especial.

También él quería arrancarme mi secreto.

Por mucha rabia que tenga con Det yo cumplo mi promesa. Lo que pasa es que todo el mundo es curioso, igual que Adán.

—Guárdate tus brujerías, tus canas al aire y tus aguütas —le dije—, yo pensé que con todas tus revistas y diarios sabrías algo de planetas.

—¡Haberlo dicho antes! —clamó sintético—. Los demonios planetarios hay que correrlos haciéndoles cruces con escoba que haya barrido tres ratones muertos... Después se echan a volar tres platillos desde un tercer piso y se baja a recibirlos antes de que lleguen al suelo.

—Tendrían que ser platillos de plumavit... —alegué.

—¡Claro! Se entiende, platillos voladores...

Ahí me llegó la onda. Estaba hecho el descubrimiento por pura casualidad, tal como debía ser... Fabricando un platillo volador de plumavit podría irse Det y tal vez yo con él, hasta el mismo Marte.

Me hinché dé felicidad y tanto, que por poco se me sale el marciano por falta de hueco. Pero ya ni me interesaba echarlo, por eso solté el aire y la alegría. Me di una vuelta de carneros y partí a chorro a mi casa. ¡Mi invento estaba hecho!

Resulta terrible tener que poner atención en clase cuando uno tiene dentro una idea genial.

Como si lo supiera, el Chuleta Pardo me enchufó toda la tarde sus antenas, y dale y dale con preguntarme a mí como si fuera el único que había en la clase.

De tanto contestar me daba miedo que se me fuera la idea y por eso empecé a apuntar en todos los cuadernos y en el escritorio la palabra clave:

plumavit.

—¿Qué escribes, Papelecho? —preguntó el profe.

Y el tontón de Urquieta se apuró en contestar:

—El puro nombre de su polola, padre...

—¡Caramba! Con que polola... ¿eh? ¿Piensas casarte luego?

Las manos se me empuñaron, pero el puñete para Urquieta tuve que echarlo a mi bolsillo mientras estaba en clase.

—¡No, señor! Y tampoco es polola. Escribí plumavit —dije serio.

—¿Plumavit? ¿Y qué significa para ti plumavit?

—Por ahora es simplemente plumavit.

—Tendrás de tarea una composición escrita sobre plumavit. Necesito tres páginas sobre eso que tanto te interesa.

—¿Tres páginas? ¿Qué quiere usted que diga?

—Eso es asunto tuyo. En realidad yo no sé las razones de que te interese tanto... Explícalo por escrito.

Al terminarse la clase, el Chuleta elevó tres dedos gordos y me dijo al salir:

—Tres páginas, Papelecho. Ni una menos.

Y el muy jetón de Urquieta soltó la risa mirándome.

Ahí fue donde se me arrancó el puñete del bolsillo y al Urquieta le sonó el cachete como un balazo.

Rodó por el suelo, pero se levantó de un brinco. Y resulta que es bueno para las cachetadas y me aplastó la quemadura de la nariz y creo que me dejó la cara plana. Menos mal que me quedaron los hoyos de narices por donde salió un chorro inmenso de sangre...

Se armó el boche.

Un cabro chico se desmayó y el propio Chuleta se fue poniendo verde. A mí me dio más susto la verdura del Chuleta que mi sangre, porque de todos modos mi nariz me dolía antes, y ahora, si no la tenía tendría que dejar de dolerme.

Por suerte en ese momento Det empezó a tocar música. Era algo como trompetas celestiales, bonito, suave, dulce. Y no supe más...

Cuando desperté estaba en la enfermería.

En una camilla yacía el Chuleta Pardo inmenso y desvanecido; en otra Urquieta con dolor de muelas. Pero Yo era el más importante de todos porque había un enfermero vestido de blanco respirando fétido encima de mí.

—Tiene la nariz quebrada y además herida —decía—. Será necesario un otorrino...

Me enderecé indignado.

—No es necesario —dije defendiéndome de ésa grave operación—. Estoy bien... —pero sonó otra vez la trompetita de Det, bailó todo y sé esfumó la escena.

Cuando volví á despertar estaba preso por una cadena de ojos: el enfermero, un doctor, el Chuleta y el propio Urquieta me traspasaban mirándome. El pobre Urquieta estaba turno de horror.

—Hay que operar —dijo una voz de ultratumba. Los ojos de Urquieta se cerraron perpetuos.

Pensé en mi cara sin nariz, pero me consolé con la idea de no tener que sonarme nunca más.

—La herida de mi nariz es propia —dije con voz débil—. No me la hizo Urquieta. La traje de mi casa. Me desmayé porque se me olvidó tomar desayuno...

Entonces me dejaron en "observación" que quiere decir en paz. El puro Urquieta se quedó conmigo con cara fiel, como la del Choclo.

—Eres un buen tipo —dijo con carraspera.

—Y tú eres bueno para los puñetes —le contesté. Quise sonreír pero mi cara se había puesto dura toda entera.

—Yo creo que podrían injertarte una nariz —dijo Urquieta— y tal vez yo te puedo operar gratis cuando sea doctor.

—¿Tú quieres ser doctor? —le pregunté.

—Eso depende de tu nariz —explicó.

Con disimulo me toqué la cara y sentí que era suave y resbalosa, gorda y sin forma, dura como pelota de fútbol. Creo que eso me dio sueño y me dormí. Mañana decidiría si le importa a un inventor tener una pelota de fútbol en vez de cara. En todo caso a los marcianos no les importaría...

Me despertó el Chuleta muy sonriente.

—No te preocupes del castigo —me decía con su boca espumosa—. Algún día me explicarás por qué te interesa tanto el plumavit. Ahora quiero que veas si puedes levantarte para llevarte a casa. Te llevo en la camioneta del colegio.

Al enderezarme me miré en sus anteojos y vi que era yo mismo aunque un poco distinto. La herida de mi nariz se había chorreado y parecía un hot dog bien jugoso.

Al verme, a la mamá se le despertó su amor maternal y a mí ni me importó que me compadeciera. Ella tiene derecho.

—Lindo, con tal de que te metas en la cama te compro lo que quieras para entretenerte —suplicaba.

—Creo que me conviene si me compra plumavit —tartamudié en voz débil.

—¿Cuántos kilos? —preguntó toda humilde.

—No muchos... Diez kilos por ahora —dije porque no me gusta abusar. Y ella partió a comprarlos.

Me acosté sin zapatos, pero vestido. Tenía, en mi cama al Choclo y me rodeaban su novia, la Ji y la Domi como esclavos. Yo estaba de moda. Todos querían servirme, pero ni se me ocurría qué pedirles.

La Domi me trajo merengues, la Ji sus juguetes, la novia del Choclo un hueso y el papá un cuaderno nuevo para escribir mi diario.



De pronto se abrió la puerta del dormitorio y entró algo blanco inmenso y esponjoso que caminaba solo. Era como una nube gigante que se hubiera colado en el dormitorio.

Detrás de ella oí una voz que decía:

—Te traje sólo medio kilo, por ahora, pero mañana puedo traerte el resto...

Y apareció la mamá detrás de la nube.

Mi cuarto quedó repleto de plumavit.

El Choclo y su novia empezaron a ladrar y la Ji a reír.

Det y a mí nos dio hipo, pero de alegría.

Mi felicidad duró esa noche, pero como dormía ni supe que era feliz.

Amanecí atrasado para el colegio, con romadizo y sin nariz, pero tremendo de ideas géniales.

No es que me crea genio, sino que creo que pueden ser ideas de Det, que tampoco es genio, pero piensa distinto.

Como él es egoísta y sé aburre en la Tierra sólo piensa en volver a Marte y ni me deja a mí pensar en otra cosa que el invento.

Yo siempre supe la tabla del dos, pero hoy por su culpa, contesté todo mal. Ni siquiera podía oír lo que preguntaba el profe, porque todo el tiempo me repicaba el ovni, el platillo volador, el plumavit.

—Papelucho, te he preguntado cuatro veces cuánto es siete por dos...

—Son siete volts de amperes supremos... —dije autoservicio.

—¡Atiende, Papelucho!

—Sí, señor...

—¡Contesta mi pregunta!

—¿Cuál pregunta?

—Siete por dos, ¿cuánto es?

—Olvidé la tabla del siete el año pasado —dije.

¡Olvidaste también la del dos! —bramó el profe.

—No, señor. La del dos estoy seguro de que la sé. Pero al siete le tengo alergia desde chico. Me da urticaria.

—¡Al patio hasta que atiendas! —su voz sonó furionda y salí obediente pero retando a Det que era mi turbador. No sabe sacar cuentas y tampoco entiende en electricidad, pero se mete. El profe salió detrás de mí y me llevó a un pilar.

—Escucha, Papelucho —dijo con voz de abuelito de radio—. Tú tienes una preocupación... ¿por qué no me la dices? Soy tu mejor amigo.

Lo miré rotundo. ¿Qué se había imaginado de creerse mi mejor amigo? ¿Y mi padre? ¿Qué les ha dado a todos por ser mis mejores amigos?

—Cuando yo era chico tenía también grandes preocupaciones —siguió hablando porque no contesté y yo entretanto pensaba en lo raro que debió ser como niño con esas tremendas cejas diabólicas y esa boca escupiente—. Dormía mal y no podía estudiar... Hasta que mi profesor, que era un sabio, me ayudó.

—Sí, pero usted no es sabio... —se me salió decirle.

—Eso lo verás cuando me cuentes tu problema. Quiero ayudarte. Desde hace un tiempo ya no atiendes en clase. Tu madre está preocupada. A veces es más fácil confiar en un amigo de afuera que en su propia mamá... Además yo comprendo que ese golpe de tu nariz debió dolerte mucho... — y sacó del bolsillo un caramelo que tuve que comerme.

Mientras con la lengua le sacaba las hilachas y basuras, podía yo pensar sin contestar y pensé que en verdad hay harta gente preocupada por mí. Tal vez me convenía aprovechar que estoy raro para poder hacer tranquilo mi invento y a lo mejor puedo capear colegio.

Ser raro a medias no vale la pena. Más vale ser raro de frentón. Por eso resolví hablar lo que me decía Det.

—¿Qué chirimpoya de luna me dio a comer? —pregunté.

—Un caramelo, Papelucho —dijo amable.

—Sudor de luna con pelos —sopló Det.

—¿Qué extraño comentario, niño! Aunque tú asocias la luna con miel del caramelo, por lo de luna de miel, ¿verdad?

—¿Qué es verdad? —dijimos Det y yo.

Al profe se le achuraron los ojos y la boca se le puso glucosa. Me tomó de la mano y me llevó a la oficina.

Al poco rato me habían mandado a dejar a mi casa en la camioneta con una cartita. Total que antes de media hora estaba instalado en mi cuarto con todos mis montones de plumavit, una olla llena de engrudo y otra de manjar blanco y la mamá suplicándome que me tragara la dichosa pastilla con el manjar.

Tuve que comerme hasta el raspado del manjar blanco para que me pasara la pastilla porque se me pegaba en el gaznate.

Por fin me dediqué a disparar por la ventana pedazos de plumavit contando para saber cuánto rato duraban en el aire. Ninguno se voló. Todos caían. Era material muerto atraído por el imán de la Tierra. No tenía vida de retroimpulso. ¡No servía!

Entonces lo disparé todo por la ventana. Quedo la crema en la calle. Los perros lo olían y lo dejaban. Las mujeres recogían algún pedazo y se lo llevaban. Los autos lo hacían volar un poco al pasar. Eso era todo. ¡Ahí estaba mi famoso invento de "casualidad", perdido!...

Eso creía yo en ese momento sin sospechar lo que iba a suceder...

Mi cabeza desencantada colgaba por la ventana como un volantín enredado en los alambres. Se me quería caer a la calle, pero la sujetaba.

Todo se daba vueltas, el plumavit me pesaba en los ojos y Det roncaba en mi dentro como un gigante peludo.

Quizás me habré dormido, pero fue en todo caso un sueño profético. Sentí que mi cabeza se volvía escobilla de enceradora y giraba sacando lustre hasta elevarse en el aire. De pronto sentí en mi bolsillo la cajita con pulgas y quise abrirla para darles libertad. Pero no pude hacerlo. Estaba taja llena que se atascaban.

Parece que las pulgas se habían casado todas y tenían tantos hijos que no cabían ya en la mezuquina caja. La abrí con fuerza, pero con gran cuidado...

Fueron saltando todas alegres y brillosas.

Se llenó el aire de puntitos café y la atmósfera se volvió estereofónica y palpitosa de vida. Una cápsula de aire folclórico de pulguitas gaseosas me envolvía elevándome...;

Det se asomó a mi boca y rió feliz.

—Ya vamos a conectarnos —dijo con verdadero tilimbre. Allá nos espera el comando y sabrás lo choro que es no ver más la Tierra.

Casi pensé en la mamá, el papá, la Ji y la Domi, pero dominé mis malos pensamientos. Harto me había costado conseguir zafarme de la tentación de la carne... Un astronauta tiene que mirar su aventura, su invento y despreciar todo lo que deja atrás...

Aceleré mi violenta fuerza a fondo y las pulgas se apretaron alrededor mío con impulso grado 8.

Miré hacia abajo y vi la Tierra chiquita y fomecita con sus inventitos desgraciados y sus aburridos problemas subdesarrollados.

Resplandecía Marte cada vez más grande, más cerca, más luminoso y saltarín. Era algo epiléptico de bella hermosura cataclíptica y su imán chorividente atraía mi cápsula volcánicamente. Nuestra velocidad era un millón de kilómetros por segundo años luz.



Amartizamos blandamente en el espumoso planeta donde nos esperaba un ejército marciano en traje de gala y envuelto en capas de olas de mar color violeta. Hablaban todos a un tiempo y el conjunto producía una música pintórica y violenta. Det se me saltó fuera y fue a juntarse al grupo. Yo me sentí igual que cuando me sacaron la muela picada... Pero lo seguí de todos modos.

Y entramos en unos carruseles extraños. A cada uno nos envolvía una custión como flor grande con olor de fruta desconocida y todo se iba poniendo como de plata brillante. Nos movíamos con el compás eléctrico de una máquina inmensa.

Ni sé para qué sería todo esto, pero en todo caso era algo distinto. Por eso le pregunté a Det:

—¿Cuál es el comando? Todos se ven iguales...

—El total es el comando —explicó— y no hagas preguntas estúpidas.

—Dime al menos si hemos hecho contacto.

—Otra pregunta estúpida... ¿No lo sientes? —y no explicó nada más y seguimos funcionando. Se ve que los marcianos no piensan. Puramente funcionan. ¿Para qué, digo yo?

—Veo que somos parte de una máquina —dije—. ¿Cuánto tiempo dura este trabajo?

—Idiota, aquí no hay tiempo...

—¿Y no se aburren nunca? —pregunté—. ¿No hay nada más que hacer?

—Yo me aburrí —dijo Det calladito— por eso bajé a la Tierra a curiosear. Pero estoy feliz de haber vuelto. ¡Esto vale la pena! —y siguió funcionando al gran compás.

—Parece que no me voy a acostumbrar —le dije a Det—. ¿No hay absolutamente nada más en qué entretenerse?

Nadie me contestó. Se ve que no entendían que a mí no me gustara hacer lo mismo durante años y años, aunque no exista el tiempo.

—¿Se muere uno alguna vez, siquiera?

—¿Qué es morir? —preguntaron todos los que me oyeron.

—Det, tú me dijiste que aquí era fácil encontrar platillos voladores. Dame uno para volver a la Tierra...

Det me entregó un pedacito de plumavit que tenía en la mano que estaba denso de pulguitas nuevas. Al cogerlo me sentí acelerado...

Desperté entre las manos nerviosas de mi mamá que me llevaba a la cama y me volví a dormir.

Pasó una cosa bien rara. Cuando desperté era la tarde, pero otra tarde de otro día, y casi no sabía si levantarme o volverme a dormir.

Yo quería seguir soñando en Marte y aprovechar mejor ese viaje estereofónico. Era una tremenda lesera no haber explorado más ese planeta choro que le interesa a tantos sabios. Y por último, si uno es el que sueña y hace sus propios sueños, ¿por qué no podía volver a soñar en ídem?

Me acosté y cerré los ojos.

Vi otra vez a los marcianos funcionando y casi sentí su musiquita perpetua, cuando de repente se abrió la puerta, y antes de que yo pudiera excursionar en mi sueño, los pasos y las voces me obligaron a despertar.

Frente a mí estaba la mamá y el doctor Robles con su sonrisa estilográfica.

—¡Hola, Papelucho! —clamó con su alegría lujurienta. ¿A qué viene

tanto sueño? ¿No es hora de despertar?

—Creo que viceversa. Va a ser la noche luego —dije.

—Los que duermen de día se despiertan de noche —forzó una risa un poco diabólica.

Lo miré de hipo en hipo y le congelé su risa, pero no contesté.

—Vamos hijo, tenemos que hablar tú y yo... No tendrás sueño habiendo dormido todo el día. Claro, es bueno dormir, pero... conversar de hombre a hombre es importante. ¿No? Quizás a solas tú, yo, sin testigos... —miró a la mamá con mala intención.

Ella sonrió con puro ruido y salió del cuarto. El doctor Robles siguió haciéndose el simpático.

—Tú conoces el plumavit ¿verdad? ¡Qué gran cosa es! ¿No? Yo pienso que el plumavit es el invento del siglo. Será histórico. Los niños de mañana tendrán que estudiarlo ¿no? ¿Qué piensas tú de eso?

—Yo no pienso leseras —dije rabioso—. El plumavit igual que las vitaminas no sirven para nada.

—Tendrás tus razones, claro. A ver si me cuentas los experimentos que has hecho para comprobar eso.

—Es pecado ser curioso.

—¿Por qué me crees curioso? ¡Qué tontería! Me interesan tus experimentos, eso es todo. Tú sabes que cuando uno es científico necesita la ayuda de los demás, la experiencia de los otros, las ideas y ensayos...

—Usted es muy creído —le dije—. ¡Científico usted!

—Bueno modestamente, doctor en Medicina es ser científico. Pero hablando de tus ensayos... ¿No es cierto que te cuesta concentrarte en el colegio cuando estás preparando algún experimento? Y creo que es natural estar distraído si tienes algo importante en qué pensar. ¿No quieres contarme tu preocupación para ayudarte?

—Esa es cuestión mía. Lo demás son copuchas. Y para que se lo sepa. ¡No estoy loco ni enfermo!

—Faltaba más. ¡Por supuesto que no! Pero te haría bien tomar vacaciones, irte al campo o a la costa unos días. O simplemente no ir al colegio, conocer otros ambientes sin tareas, quizá con un laboratorio propio para ti...

Ahí me cayó la teja. Ese maldito demonio tentador quería secuestrarme por "raro" como decía la Domi. ¡Eso jamás!

Pensé a chorro. El doctor y la mamá estaban de acuerdo, los dos contra

mí... Me querían llegar a una cueva u hospital...

Entonces me acordé del papá que es mi mejor amigo y podría salvarme. Pero, ¿y si entre los dos lo habían convencido a él? ¿Quién podría ayudarme? Tenía que defenderme solo contra todos. ¿Dónde se habría metido el Choclo para que lo hiciera arrancar con sus feroces ladridos?

En ese instante Det dio un brinco en mi dentror y eso me hizo pensar en mis pulgas. Ellas podrían defenderme.

Saqué la caja de fósforos y se la pasé al doctor Robles.

—Ábrala —le dije—. Contiene uno de mis secretos...

Tomó la caja y sonrió electrónico. Pero al abrirla ¡zas! saltaron fuera todas mis pulgas y se treparon en él como un asalto de enanos en un gigante sabroso. Las vi desaparecer por su cuello y por sus mangas, hambrientas las pobrecitas... A él lo vi ponerse pálido. Su cara se puso fea como de ogro y se empezó a rascar y a desvestir al mismo tiempo.

En realidad las pulgas estaban más hambrientas de lo que yo pensé y el pobre doctor me dio lástima.

Salté de la cama y fui a llamar al Choclo, mientras el científico sacudía sus ropas por la ventana. Ya estaba en calzoncillos y las pulgas se le enredaban en los pelos de las piernas.

—Aquí, Choclo —ordené mostrándole las retorcidas pantorrillas del doctor. Lo apreté contra ellas mientras él echaba garabatos. En un minuto se habían trasladado todas las pulgas al fiel perro. Hasta las que me picaban a mí prefirieron al Choclo para banquetearse.

Cuando por fin se convenció que no quedaba una pulga entre sus pelos ni ropa, el doctor se vistió tartamudo de rabia.

—Este acto de maldad merece más que clínica... ¡Eres perverso!

—Si fuera perverso no habría traído al Choclo para salvarlo. No creí que mis pulgas estuvieran tan hambrientas como para picarlo a usted. Sólo quise asustarlo para que me dejara en paz. Y también me alegro de que no se lleve ninguna, porque les hace mal la sangre enrabiada...

—¡Que tus padres te busquen un carcelero! —dijo dando un portazo y se fue para siempre.

Me había salvado.

Aunque no tan salvado porque con Det adentro nadie me entiende y todos me miran raro.

¿Podré librarme de él alguna vez?



Parece que el doctor peleó con la mamá y se fue para siempre.

Entonces la mamá peleó con el papá, la Domi peleó con el maestro del yeso y la Ji peleó conmigo. Total que para ponernos bien todos la mamá decidió irse a Concón por el fin de semana para borrar esta cuestión que llaman desengaños de la vida y para visitar a Javier.

Nos alojamos en un hotel completamente antiguo y venido a menos pero nos sirvieron unos mariscos al almuerzo con gusto a gloria del mar. Eran supersónicos y el papá y la mamá se repitieron, pero a nosotros con la Ji para acallarnos el hambre nos rellenaron con huevos.

Lo bueno de la costa es que con el ruido del mar Det se anestesia y ni sopla. No sé si le da miedo o se aturde, pero resulta fenómeno olvidarlo.

En la tarde decidieron ir a la Escuela Naval a visitar a Javier y casi me bajaron unas ganas tremendas de ser marino. La cuestión es que Javier con su voz ronca y su cara de almirante me las quitó de un run. Debe ser atroz quedar así para siempre. Porque un hermano que a uno le parece tan

importante y tan extraño y tan seriote, es como si ni fuera hermano, si no más bien un patrón. Javier hablaba puramente con la mamá o el papá y a los dos con la Ji nos aplanaba el pelo como cualquier tío.

Cuando por fin se acabó la larga visita, la mamá muy feliz nos subió a un micro, nos recomendó al chofer para que nos avisara donde teníamos que bajarnos frente al hotel, me dijo que ella confiaba en mí, que cuidaría a la Ji y por fin se quedó con el papá para ir al teatro.

El micro empezó a llenarse y llenarse con más gente. Algunos con cara aburrida, otros con paquetes y otras con chiquillos y canastos. Había un olor rico a cebolla y a un guiso desconocido.

La Ji me dijo:

—Tengo hambre, quiero comer de eso...

—Yo también —le contesté—. Cuando lleguemos al hotel comeremos hartos.

—Es que no puedo aguantar —clamó.

—Entonces piensa en otra cosa —le dije para distraerla—. Por ejemplo piensa en que podemos chocar... —y ¡Paff!

Habíamos chocado.

La tremenda bulla de fierros se destiñó con los gritos de la gente y con la polvareda de arena que rebasó al micro. Por suerte habíamos chocado contra el cerro, aunque no tan por suerte porque la arena seguía entrando y entrando como pesada mazamorra inmensa que llenaba los huecos subiendo hasta el cogote.

La Ji había saltado con el golpe y estaba encaramada en la cabeza del chofer; yo asomado al revés por una ventana, es decir cara y brazos adentro y todos lo demás fuera. Lo malo es que pegado entre los vidrios y sin poder salir. También servía de tapón para que no entrara arena ni aire y la gente tosía con ahogo, hablando y escupiendo todo a un tiempo. Los pollos se habían arrancado del canasto y saltaban escarbando en la arena y cacareando picoteaban cogotes. La Ji tenía una cebolla en una mano y en la otra una manzana y el chofer se la había sacado de encima y la había sentado en la dirección. Yo la cuidaba mirándola. Todos insultaban al chofer.

De pronto él se enderezó y clamó furioso:

—¡Yo no tengo la culpa si se quiebra la dirección! Y deben estar felices de que nos estrellamos con el cerro en vez de caer al mar...

Se hizo silencio y la arena siguió entrando majestuosa. Hasta que una

mujer guerrillera estiró su pescuezo al medio del micro y gritó:

—¡Está bien! Pero haga algo, so-sinverguenza que no revisa su máquina... ¡Asesino!

Ahí se armó la grande. El caballero chofer pateó el montón de arena y avanzó entre los fierros y paquetes con un paso de monstruo.

—¡Se calla o la reviento! —bufó y unas manos inmensas se abrieron como palas mecánicas. La mitad de los pasajeros se colgaron de una de esas manos y la otra mitad de la otra, y se armó la gritería. La Ji se asustó y saltó de la dirección, pero con tan buena suerte que cayó sobre la palanca de cambios y puso marcha atrás. El micro dio un solo brinco retrocediendo y se quedó quietito, pero la arena empezó a salirle como sangre de narices. También yo caí de la ventana en que estaba pegado y fui a dar al suelo.

Ipo flatus se le pasó la rabia a todo el mundo. Las mujeres empezaron a sacudirse la arena y a acomodarse el pelo; los hombres se reían y hacían chistes, y el chofer, creyéndose héroe, bajó a mirar su máquina...

Se habían juntado autos de curiosos con buena voluntad y nos llevaron a todos. A los dos con la Ji nos tocó un triciclo del pan que era lo más seguro para cuidar niños.

Íbamos regio en el canasto que tenía bastantes pedazos de pan y muchas migas comibles. Vimos salir la luna y casi hundirse y era completamente noche cuando llegamos.

Lo único malo fue que antes que nosotros llegaron el papá y la mamá y armaron su regia pelotera en el hotel con sus famosos nervios.

Menos mal que a orillas del mar le cambia un poco el carácter a la gente. Al poco rato me felicitaban por mi cuidado de la Ji, nos premiaban con mariscos y dulces y nos prometían un paseo en bote.

Ni me acosté esa noche y me levanté tempranito para buscar gusanos y cordeles con que hacer redes y pescar desde el bote.



Pero cuando tenía todo listo, el papá y la mamá habían cambiado de idea. No habría paseo porque el papá tenía que volverse a la oficina.

—Papá, tú prometiste —le dije con harto cototo.

—Y prometido queda, pero para otra ocasión.

—Tú me has dicho que es grave faltar a la promesa...

—No faltaré, verás más adelante.

—Más adelante ¿de qué? —Lo miré y lo vi borroniento. Era una cuestión en mis ojos como que quería llorar. Por eso me arranqué. Y me arranqué bien lejos y ligero porque el viento me sujetaba las lágrimas.

Yo ni sabía que el papá corría tras de mí. Me preocupaba no llorar, porque no he llorado desde que yo era chico.

Por eso, cuando me cogió del brazo, me asusté.

—¿A dónde vas, aturdido? —me preguntó acezando.

—A ninguna parte. Corría...

—Vamos, que es hora de partir. Recuerda que yo tengo que trabajar...

—Anoche, cuando prometiste sacarnos en bote, sabías que hoy iba a ser día de trabajo.

—Ayer era domingo —alegó.

—Pero de todos modos hoy iba a ser lunes...

—No pensé en eso. En todo caso la próxima vez que vengamos a visitar a tu hermano iremos a pasear en bote —dijo feliz.

—Yo quería pescar algo para llevarle a la Domi...

—Compraremos —dijo y justo que yo pensaba que era otra falsa promesa, y la cumplió. Compramos un congrio chico y una docena de machas vivas. El congrio estaba muerto, pero yo le podría masajear el corazón y resucitarlo en la tina del baño. Eso me consoló.

Lo malo fue que el congrio no tenía corazón y no se puede resucitar a un muerto que a lo peor nunca tuvo corazón. Y también cuando una cosa no se encuentra hay que escarbar todos los rincones, y por eso fue que el congrio quedó despedazado. Y armaron el boche porque tenían invitados a comer congrio frito y molido no servía...

—Oye, Domi —le dije cuando la mamá acabó de reclamar—. ¿Por qué no haces carbonada de congrio?

Total resultó supersónico y los invitados felicitaron a la Domi y se repitieron el plato y ni me alcanzó. Entonces para no morir de hambre me tuve que comer casi todo el postre.

Y otra vez boche, pero esta vez en secreto. ¡Qué iba a servir la Domi si en la fuente no quedaba más que el raspado? Pero la Domi es verdadera amiga mía así que cuando le dije que yo le hacía un postre, se alegró.

Entonces mientras ella sacaba los platos del comedor yo armé en la fuente una torta de puros cubos de hielo, como un castillo bien lindo y lo chorreé entero de leche condensada y le puse unas florcitas de cardenal como un cogollo precioso. Y se lo sirvieron todo todo y no se lo comieron porque ya estaban llenos.

Pero dice la Domi que la cara de la mamá y del papá era de esas caras que pone la gente cuando choca en auto.

Así que mejor me fui a la cama y me dormí.

Resulta que al poquito rato empezó Det a molestar. Yo ya ni me acordaba de él, pero mientras dormía Det empezó a puntearme por dentro, como agujitas o espinas, hasta que ¡prum! me despertó.

—¿Te creíste que me había muerto? —me dijo.

—Por lo menos ni te sentí estos días...

—Esa cosa tremenda que llaman el mar —dijo él—. Cualquiera prefiere desaparecer...

—¿Te dio miedo el mar? ¡Pucha que eres poco hombre!

—¡Claro que soy poco hombre! ¡Soy marciano!

—Cada vez que te pongas molesto voy a llevarte a la playa. Y ahora déjame dormir.

—El mar es poderoso —dijo Det—. Se devora a los marcianos...

—Iré al mar a ver si te devora si no me dejas dormir —y Det quedó como muerto. Yo me dormí.

Al otro día en el camino al colegio comenzó a cuchichearme despacito y casi ni le entendía.

—¿Vas al colegio? —preguntaba.

—Quizá —le dije—. Si molestas voy al mar.

Santo remedio. Se quedó paralelo y no chistó más.

Porque esto de "dar asilo al peregrino" no quiere decir que uno tenga que fregarse paulatinamente por eso. Los peregrinos deben ser buenos amigos y no viceversa. Det es culpable de que me crean cucú y me sospechen, me doctoreen y me pastilleen. Yo quiero devolverlo a su Marte y me he arruinado pensando en cómo hacerlo. Ahora quiero estar libre para pasar mis exámenes, porque si me quedo pegado me va a tocar otro año con Riffo y ¡eso jamás!

Mi sistema es pensar en asuntos Det, en la calle, pero entrando al colegio, dejo afuera inventos y preocupaciones de platillos voladores.

En el camino pensé de traspasarle Det al Choclo. La cosa es inventar cómo hacerlo.

Porque en realidad a mí Det no me interesa por tres razones:

1. Porque si Det viene de Marte y Marte está a cien años luz de la Tierra, hace cien años que salió Det de allá y entonces es un viejo antiguo.
2. Porque si uno va a Marte desde la Tierra demora otros cien años ídem en llegar allá y llega viejo, y
3. Porque más vale aprovechar de conocer bien este mundo y ser inventor y transmisor de él antes que ponerse anciano en otro.

Alancé a pensar todo esto antes de llegar al colegio y al entrar dejé

afuera todos mis pensamientos para estar bien atento en clase.

Lo malo fue que me empezó a crujir el cerebro con la cuestión del Choclo de portamarciano con sus telepulgas y antenas de temblores. Sería bastante perfecto porque como él no habla no importa mucho que piense distinto. Tampoco tiene familia ni colegio ni doctores que le anden averiguando los "por qué" de lo que hace. Lo único que me faltaba era la trasfusión de Det e inventar cómo hacerlo.

Por fin cuando se acabó la clase y salí del colegio, en lugar de tomar el camino a la casa, me fui justo para el otro lado para tener tiempo de pensar en mi famoso invento.

Anduve y anduve por calles desconocidas y casi me venían ideas geniales, pero no me venían. Y a cada rato se me cruzaban tentaciones de comprar cosas si tuviera plata y entonces me venían ganas de hacer negocios para ídem y me costaba convencerme de que los sabios no se preocupan de esas cosas.

Total de repente me di cuenta de que era noche y habían encendido las luces. Ni sabía dónde estaba. Todo se volvía tiendas y gente con paquetes. Yo no tenía ni una idea y puramente hambre.

Det se había alborotado con las luces y estaba molesto.

—Oye —le dije—, si al menos los marcianos fueran mágicos... Quiero irme a casa. Tengo hambre y sueño...

—Haz "dedo" —dijo simplemente.

Hice "dedo" y entonces ipso flatus se detuvo un taxi. Se abrió la puerta y lo choro increíble era que en el taxi iba el papá.

¡Era como un milagro! Si yo hubiera sabido antes que Det podía hacer cosas de ese tipo...

El papá no preguntó nada. Como si fuera lo más natural encontrarse conmigo en pleno centro. También como si adivinara sacó un chocolate de un bolsillo y me lo dio.

Esto era la maravilla. Ahora descubría que Det transmite el pensamiento, hace adivinar las cosas, aparecer la gente cuando se necesita...

Y entonces decidí no traspasárselo al Choclo, ni devolverlo a Marte. Yo me quedaría con él, era un marciano mágico y tenerlo dentro era un tesoro fantástico. Yo era el tonto de no haberlo descubierto antes...

Yo estaba muy feliz y soñé sueños choros de mágicos, llenos de

maravillas.

Había aprendido a dominar a Det y a que me hiciera bien en vez de mal. Todo dependía de tener una ampolleta encendida en el momento de pedirle un milagro. Seguramente la corriente eléctrica le daba el cortocircuito que yo necesitaba.

Como tocaba examen me llevé la linterna del papá y apenas me preguntaron, me la encendí en el bolsillo y le dije a Det:

—Hazme salir bien —tal como si yo fuera su patrón. Y junto con decir esto sentí como si tuviera la linterna en el cerebro y empecé a contestar supersónicamente.

Vi la cara del Chuleta llena de admiración, vi los cabeceos sonrientes que daban los otros profes y me sentí magnífico.



Pero de repente empezaron las risas y los cuchicheos de los otros chiquillos hasta que el Chuleta se puso sospechoso y preguntó:

—¿Qué sucede?

El tonto de Chamúdez dijo:

—Señor, a Papelucho se le está quemando el pantalón... —y me obligaron a apagar la linterna.

Eso me turbó entero y Det se volvió mudo. Mis contestaciones no fueron más geniales y por fin me mandaron a sentarme con un puro cuatro.

En todo caso pienso aprovechar a Det de noche que es cuando se pone mágico y también soñar otra vez las maravillas. Es puramente cuestión de dejar encendida mi lamparilla del velador...

Me pasa una de esas cosas fatales.

La Domi me pidió permiso en la tarde para ir hacer una diligencia y no volvió nunca jamás.

Cuando llegó la mamá a comer con el papá no había comida y me culparon a mí de darle permiso de salir. Se veía que el papá y la mamá tenían hambre por lo rabiosos que estaban y lo que garabateaban a la Domi. Así que me dio mucha pena de ella y resolví que Det arreglara el enredo.

Como era noche lo mágico de Det tenía que funcionar...

—Haz que aparezca la Domi y que haya comida... —le mandé.

Y apenas di mi orden sonó el teléfono.

Era una voz gangosa y desconocida que avisaba de parte de la Domi que se había cortado la corriente del trolebús y no alcanzaría a llegar, pero que había dejado la comida hecha y estaba en el horno.

Nadie sospechó que Det había arreglado todo.

Pero aunque se les pasó el hambre y rasparon el plato, a la mamá y al papá no se les pasó la pica conmigo.

—Tú no tienes por qué dar permiso de salida a nadie —dijo el papá.

—Es que no estaba la mamá y como soy de la familia... —alegué.

—Bien pudo pedir permiso mientras la mamá estaba —dijo—. Es la tercera vez que lo hace... y será la última.

—Oye, papá, ¿tú siempre pides permiso para salir de la oficina? —pregunté.

—Ahora no. Antes cuando tenía un jefe lo hacía.

—¿Y ahora eres tú jefe?

—Sí. Llevo dos años trabajando.

—La Domi está tres años en esta casa —dije y como si hubiera insultado al papá, se sulfuró.

—Es muy distinto —clamó—. Y tú sube a acostarte.

Me dio cototo la injusticia del reto y para descototearme me metí al entretecho a ver los ratones. Y entonces sucedió lo fatal.

Resulta que estaban todos en órbita cuando asomé mi cabeza, se asustaron, y con el susto se equivocaron de camino y se dejaron caer de golpe por la cueva. Estaban semiaturdidos y como locos corrieron escala abajo y se desparramaron por la cocina y el comedor.

La mamá como siempre se desmayó y a la Ji le dio su ataque de risa, pero el papá se convirtió en un ogro y armado de la escoba comenzó a perseguir a los ratones como un verdadero nazi. Se había arremangado los pantalones y se le paraban los pelos de las piernas y le saltaba la pera de Adán en el cogote. Yo quería ayudar a salvar a los ratones con disimulo, pero me tocaron unos tremendos palos en las piernas y en una me dio calambre y me quedé paralelo en el suelo.

Veía galopar ratones y escobazos y el Choclo ladra que ladra, pero sin meterse en la pelea. Parecía un comentarista de fútbol.

Y entonces me acordé otra vez de Det y le ordené ayudar.

Ipsa flatus el papá se enredó en el fleco de la alfombra y se cayó quebrando el palo de la escoba. Más que la cola le dolió quedarse sin su bayoneta cruel y también tratando de dar patadas se pegó requetefuerte en el sofá y tal vez se le zafó un tobillo.

A todo esto los ratones ya habían subido a su cueva y quedaba puramente el Salomón que es completamente idiota. Así que apenas el papá se desinteresó de él con su tobillo, lo metí en el refrigerador, o sea le abrí la puerta. Después lo desenchufé para que no se helara, pero como él era así, se heló de todos modos y cuando lo fui a ver estaba defunción.

Cuando la mamá se desmayó y al papá le puso compresa y todo quedó en calma, yo reté a Det.

—Eres un canalla —le dije—. No tenías por qué hacerle eso al papá. Podías desaparecer a los ratones suavemente...

Pero Det cuando uno lo reta se emociona llorón y a uno se le granjea la piel, le da hipo y no sabe uno si tiene hambre o ganas de llorar. En todo caso recogí a Salomón y lo sepulté en el tarro de basura, mientras tanto.

Lo raro es que al día siguiente cuando lo fui a sacar para enterrarlo en el jardín, no estaba.

Y dice la mamá que ella sintió un ratón toda la noche en su cuarto y aunque el papá le dijo que lo soñaba, ella le mostró que le había comido la punta de una zapatilla.

Eso me da la esperanza que Salomón no murió y anda libre por el mundo haciendo su vida.

Esta mañana cuando desperté me encontré con la Domi llorando en la escalera.

—¿Por qué lloras? —le dije—. Cuando a uno lo retan no hay que llorar.

—No me han retado —se sonó con el delantal—. Tengo pena en el alma... —y largó el barraco.

—Si crees que se te murió alguien, acuérdate que no tienes familia —le dije para consolarla. Pero resultó peor. Más lloró.

—Si lloras de algún arrepentimiento, yo creo que Dios te perdonó.

—Lloro de pena... —y saltaban sus lágrimas al delantal empapado.

No sé si me sopló Det, pero le dije:

—¿Es por el maestro gordo?

Dijo sí con la cabeza y se le sollozó el cuerpo entero.

—¿Se murió? —pregunté.

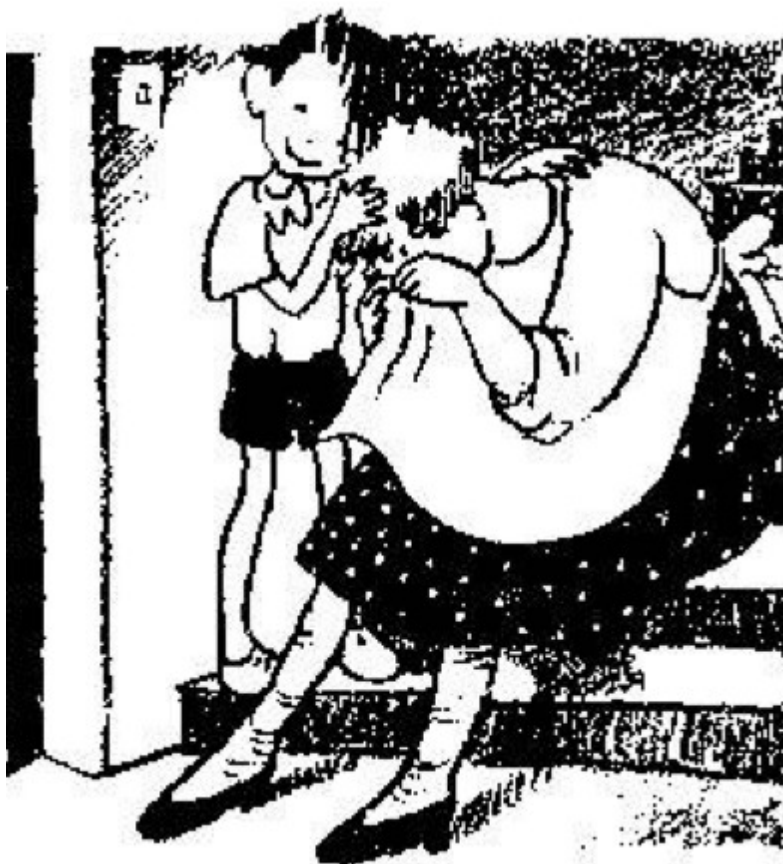
Y se remeció en un no que la hizo chillar de pena.

—Dicen que todo tiene remedio menos la muerte —le dije— y como él está vivo, total...

Claro que debe haber sido Det el que habló por mí porque resultó mágico el freno de su pena. Comenzó a reír esférica y feliz y barrió la escalera con la escoba quebrada en un minuto.

—Venga que le tengo una cosita pa' llevar al colegio —me dijo y me entregó un sandwich de jamón con queso.

—Oye —le dije—, si encuentras un ratón por ahí perdido cuídalo y ayúdalo a esconderse hasta que yo vuelva.



Pero a la salida de la casa me topé con la señora Juanita que andaba desesperada porque se le habían perdido cincuenta lucas.

Yo la compadecí y seguí mi camino, pero después me dio remordimientos no ayudarla cuando Det seguramente le encontraría su billete.

Así que volví a casa, entré a mi cuarto, encendí la ampolleta del velador y le ordené a Det:

—Ayúdala a encontrarlos...

Y me vino con violencia la idea de que la señora Juanita los tenía escondidos en su zapato.

Bajé corriendo y la alcancé en la calle y le dije:

—Saquése los zapatos y verá.

Me miró de hipo en hipo y me exclamó:

—¿Qué te has imaginado? ¿Qué tienen mis zapatos?

—Una sorpresa...

—Eres un atrevido —y bla-bla-bla hasta que yo me perdí de vista camino al colegio. Y en la esquina tropecé con el maestro gordo del yeso que llevaba su bolsoncito de herramientas.

—Oiga —le dije— la Domi está llorando de pena. ¿Por qué no la consuela? —y seguí mi camino.

En fin que llegué atrasado al colegio y me arrestaron y tuve que escribir cien veces que no me atrasaría nunca más.

Cuando llegué a la casa estaba de visita doña Juanita muy cariñosa con la mamá y me tenía un cartucho de caramelos. Nadie supo por qué, pero yo sí. También la Domi estaba contenta y me imagino que el gordo pasó a consolarla.

Lo único malo fue que ella al hacer aseo movió mi catre, descubrió la cueva y se la mostró a la mamá. Entonces la mamá le encargó que fuera en busca del maestro yesero para que la tapara.

Mis ratones ya no tendrán salida por mi cuarto, pero me consuelo pensando que así se librarán de los palos del papá.

La novia del Choclo tuvo crías y sus ocho perritos parecen foquitas ciegas que se revuelven en un cajón con cojines de saco. Ahora son perros pobres porque su mamá rica se casó con un verdejo. Y su dueña pituca ni sospecha todo lo que le ha pasado a su perra elegante.

Con esto de la magia de Det ya no me preocupa hacer inventos para devolverlo a Marte. Si otra vez me aburro de él, enciendo la ampolleta y le pregunto el sistema. Por lo demás creo que hay que aprovecharlo más tiempo para adivinar muchas cosas misteriosas. Yo creo que serviría para solucionar crímenes y robos y desapariciones. Y también para encontrar entierros y tesoros.

Cuando me iba a dormir, sentí un rasguño dentro del velador. Abrí el cajón y me encontré a Salomón en persona. Tenía un pedazo de queso marcado por sus dientes y me miraba de ese modo que lo miran a uno los ratones conocidos. La Domi había cumplido mi encargo...

Yo no había pensado llevar al Salomón al colegio, pero cuando vi llegar a la mamá a mi cuarto con el maestro yesero, mover mi catre y mostrarle la cueva con cara de horror, me di cuenta del tremendo peligro que corría el pobrecito. Por eso me lo eché en el bolsón, con queso y todo.

Alancé apenas a saludar a los hijos del Choclo y la Coronta (su señora) y partí a todo escape para no llegar tarde otra vez.

Llegué a tiempo, pero lo que pasó es que se me cayó el bolsón cuando tropecé con el portero, se desparramó todo y Salomón se asustó. Y como es aturdido partió corriendo sin saber dónde iba.

Yo entré a clase pensando que más tarde la encontraría con la ayuda de Det. Pero no encontré ampolleta, ni siquiera una vela para encender y ordenarle al marciano que me lo hallara.

A la hora de salida me iba quedando atrás y quedando atrás y haciéndome el lesito para que se hiciera noche y encendieran alguna luz. Pero nada. El día se había vuelto eterno. Llegó el portero haciendo sonar sus llaves y me obligó a salir.

Y tuve que irme a casa pensando en que al día siguiente traería de todos modos la linterna y así lo encontraría. Pero me preocupaba. Si Salomón fuera un ratón habiloso, no había ningún problema, pero como el pobre es idiota, uno pierde la confianza.

Resulta que el maestro yesero y la Domi descubrieron dieciocho cuevas más en la casa, de modo que el maestro tiene trabajo para una semana entera tapando hoyos. Ahora sí que van a quedar secuestrados todos los ratones... ¿Por dónde van a salir a alimentarse?

Esto me desveló completamente y entonces me acordé de que bien podría aprovechar la ampolleta para decirle a Det que me dijera dónde encontraría al Salomón mañana. Y él me dio la idea que sería en la capilla del colegio. Entonces me dormí.

Soñé con una revoltura de perritos, ratones, marcianos, tesoros y custiones. Soñé también que yo estaba en medio de muchos detectives y les encontraba a sus criminales y ladrones y ellos me hacían reverencias y me llenaban de medallas y de queso.

Me levanté tan temprano que la calle parecía una pista de patinar sin patinadores y el camino al colegio era como un desierto. Llegué allá cuando recién barrían las clases y estaban los puros curas oyendo misa en la capilla. Yo me la oí entera con la cabeza agachada por si pasaba el tontón de Salomón y no estuve devoto por la preocupación, pero parecía. El Chuleta estaba sorprendido de mí y me preguntó si no me estaría bajando vocación.

—No —le dije—, vine temprano por un asunto particular...

—No me querrás contar de qué se trata. —Nooo. Es particular.

—En todo caso puedes tomar desayuno con nosotros —me invitó.

—Gracias —le contesté—, quiero quedarme otro rato en la capilla.

Puso cara extraña y se fue. Yo volví a entrar. Tenía unas ganas tremendas de que terminaran de rezar los que estaban todavía ahí, hasta que por fin se fueron. Entonces le dije a Dios:

—Señor, yo te pido perdón por hurguetear en la capilla, pero Tú sabes esa cuestión de la oveja perdida y que su dueño la busca. Este no es más que un ratón, pero es mío, y tengo que encontrarlo... —y me largué.

Por todos los rincones, debajo de los bancos, hasta del altar y la sacristía, pero ni pío. Salomón no estaba en parte alguna. Seguramente estuvo en el momento en que le pregunté a Det; y se había ido ya...

Sonó la campana y corrí a la fila. Tenía angustia de no hallar a Salomón y miedo de que los mozos lo descubrieran y maltrataran.

La mirada se me iba orillando murallas por el suelo a las esquinas, a las patas de los escritorios...

Urquieta se puso sospechoso y comenzó a buscar conmigo sin tener ni idea de lo que yo buscaba. Y de repente me dijo:

—Oye, hay un ratón ahí debajo —y mostró la mesa del profe.

A mí no me resulta hablar con la boca cerrada así que le escribí un papel cotí disimulo.

"Cuidado con que lo descubran... Es mío".

Urquieta ahora es mi amigo pero el pobre es despistado. Trataba de no mirar al Salomón y se le iban los ojos todo el tiempo. La clase era geografía y había que ir a apuntar al mapa. Llamaron a Urquieta y comenzó a indicar con lavarilla, pero los ojos se le iban al rincón. Yo lo miraba fijo tratando de magnetizarlo para que no mirara al pobre ratón.

Pero de pronto vi que su cabeza se empezaba a dar vueltas y la varilla se le cayó de las manos. El Salomón se asustó y se trepó a la mesa del profe, paso corriendo como un chifle, dio vuelta el tintero y se tiró de cabeza al suelo.

Toda la clase hizo "¡uuyy!" como un viento entre pinos, pero el profe estaba preocupado de Urquieta que revolvía los ojos y no vio al Salomón cuando atravesó la sala y salió disparado por la puerta.

—Urquieta, vuelve a tu asiento —dijo el profe—y si te sientes enfermo puedes salir afuera...

Urquieta obedeció pero parecía un borracho. Yo lo envidiaba porque se iba a encontrar con mi ratón en el patio. Pero sucedió lo increíble: Urquieta

hipnotizado se cayó de largo al suelo a los pies del profe, y no se movió más.

Se armó una especie de confusión, todos nos acercamos a él y el profe ordenó que lo lleváramos a la enfermería entre todos. A mí me tocó llevarle un pie, pero así y todo, cuando le miré la cara me cerró un ojo y vi que no estaba grave. Al pasar por el patio divisé al Salomón corriendo con un pan y al llegar a la enfermería volví a verlo desde la ventana corriendo como un balazo hacia la calle.

Urquieta echó un flato grande al tenderlo sobre la cama. Luego se enderezó y sonriendo dijo:

—Ahora me siento bien. No sé qué me pasó...

Creo que Urquieta es un gran tipo.

Invité al Urquieta a almorzar para que conociera al Choclo, la Coronta y sus ocho hijos que ya abrieron los ojos color de ostra azul.

A Urquieta se le ocurrió que los lleváramos a la farmacia porque parecían un poco enfermos. Total llevamos uno de muestra, pero a la Coronta le dio por seguirnos. Y cuando estábamos en lo mejor hablando con la farmacéutica, entró una viejita con pestañas postizas y lanzó un grito cataléptico.

—¡Chichi!!! ¡¡Mi Chichi!! —y se abalanzó sobre la Coronta.

La infiel de la Coronta se alborotó toda y comenzó a saltar y hacer piruetas y morisquetas coquetas y pizpiretas y la vieja y ella parecían completamente chifles. A la vieja se le cayó el antejo, se le cortó su collar, se le perdió un aro y se le quebró un taco del zapato. Cuando quiso caminar se dio cuenta de que estaba coja y sólo entonces se fijó en el perrito-hijo y en nosotros. Y armó el tremendo boche.



—De modo que estos son los ladrones de mi perra... Faltaba más que los dejara ir sin el castigo que se merecen...

Llame a la policía, señora Emelinda... Hace tiempo que busco a mi Chichi y está encargada en Investigaciones... Déme el teléfono a mí y cuide que esos niños no se muevan.

Pero "esos niños" se mandaron cambiar con su perrito, corriendo a lo que daban sus piernas.

Lo malo fue que al poco rato nos alcanzaron "los curiosos" o sea esa gente que anda siempre por ahí con la esperanza de que pase algo.

De una oreja nos llevaron de vuelta a la farmacia y había ahí ya un montón de otros curiosos y hasta un carabinero. La vieja alegaba tiritona y la Chichi, ex Coronta, toda infiel, le langueteaba las manos.

Cuando por fin acabaron de acusarnos y me dejaron hablar, expliqué:

—Esa perra se enamoró del Choclo y la prueba es este perrito. Ella aloja en mi casa sin que nadie la convide y jamás la hemos robado...

Los curiosos empezaron a rezongar contra la vieja y doña Emelinda le

pidió por favor que saliera afuera a seguir su reclamo. La vieja se enojó con la farmacéutica y las emprendió con ella y en esto estábamos cuando llegó el Choclo y la Chichi volvió a ser Coronta, se saltó de los brazos polvorosos y fue donde su marido muy contenta.

La vieja quiso cogerla, pero ¡ay! el Choclo se le fue encima y de un solo mordisco le rompió su vestido de arriba a abajo.

Junto con hacerlo, se dio cuenta de que lo iban a pescar para la perrera y echó a correr como un conejo, seguido de la Coronta. En dos minutos se perdieron de vista calle abajo mientras nosotros seguíamos insultados, interrogados y un poquito asustados.

De repente el carabinero se aburrió de nosotros porque un señor del grupo de curiosos dijo que le habían robado la cartera y entonces nadie nos miró más. Todos pusieron caras de inocente y el carabinero dijo que nos iba a registrar a todos. El señor sin cartera parecía muy nervioso mientras los demás estaban tranquilos.

De repente me di cuenta de que el que perdió la cartera tenía cara conocida y me acordé de que era nada menos que el Clorofilo, ese pillo que me pitó una vez y se robó las cosas de mi casa... Me acerqué al carabinero y le conté en secreto quién era y que nos estaría pitando a todos y que seguramente ni tenía cartera.

Estaba todavía contándole esto al oído al carabinero, cuando el Clorofilo dio media vuelta y echó a correr más ligero que el Choclo.

Todos soltaron la risa y el pobre carabinero se sintió remal y se habría mandado cambiar, si no es por la vieja sin taco que lo pescó de una manga y empezó a retarlo porque no cumplía con su deber.

—¿Cuál es mi deber? —preguntó—. A ver si usted me enseña...

—Llevar presos a los ladrones de perritas finas —dijo ella.

—En ese caso, señora, la llevo presa a usted porque su perrita no tiene collar con número como manda la ley...

—¿Qué ley? Usted es un insolente... Debe llevar presos a esos niños... —alegaba mientras todos se reían.

—Y ese perrito que llevan también me pertenece, por ser hijo de mi Chichi... Iré a la Prefectura a hacer la denuncia...

Urqujeta que tenía todo el tiempo la mano en el bolsillo la sacó en ese momento con disimulo, empuñada, y la abrió sobre el hombro de la vieja alegadora. Salomón se aferró un puro minuto al vestido roto de la dama pituca y resbaló pecho abajo...

Fue el despiporre. Gritos, brazos en remolino, estéricos y atoros.

La dueña de Chichi partió cojeando a mil kilómetros por minuto mientras el Salomón la seguía a ídem.

Y esa fue la última vez que vi al Salomón.

—Te lo tenía guardado de sorpresa —dijo Urquieta— para dártelo a la despedida... No sé quién me dio la idea de largárselo a ella y lo perdimos para siempre.

—Debe haber sido idea de Det —se me salió decir.

—¿Det? ¿Quién es Det? —Urquieta me miró extrañado.

—Es un amigo invisible —dije un poco aturdido—. Quizá algún día te explique...

—No te hagas el misterioso. Yo sé de más lo que no me quieres decir.

—Entonces por qué preguntas. Dije puramente que Det te sopló la idea. No tiene nada de particular porque encendieron las luces.

—Det es marciano ¿no?

Dije que sí con la pura cabeza, íbamos caminando a casa y tenía hartas ganas de llegar antes de que me arrancara mi secreto.

—Oye —me dijo—, yo sé bastante de marcianos, más de lo que tú crees. Si me cuentas tu secreto, yo lo guardo y no lo soplo a nadie. Pero si lo adivino yo es otro cuento...

—¿Vas a ir a decírselo a todos?

—Uno puede hablar sus ideas a quien quiera...

Total que para asegurarme su secreto, le conté lo de Det. Y Urquieta se cayó sentado. Por suerte tiene un traste gordo y además el montón de piedras eran de esas redondas que ha sobajeadado el río. Y nos quedamos conversando y conversando horas y horas y salió la luna y los satélites y los platillos voladores zumbaban por el cielo mientras nosotros habla y habla.

Hasta que por fin nos dimos cuenta de que era retarde, porque ni pasaban autos y las tripas nos sonaban tremendas.

Cuando nos levantamos, Det empezó a ponerse molesto. Se daba vueltas y me apretaba las costillas y pulmones como si se hubiera hinchado. Casi me ahogaba...

Pensé que estaría enojado porque había faltado a mi palabra de no contarle a nadie de él. Y traté de explicarle que más valía confiar en un amigo choro antes que él lo adivinara y lo supiera todo el mundo.

Pero Det seguía cada vez más nervioso.

—¿Qué te pasa? —me preguntaba Urquieta—. Te has puesto pálido y

callado...

—Es Det —apenas podía hablar yo—. Algo como que me quiere reventar...

—¿Estará enfermo? ¿O enojado? ¿O será que te anuncia un terremoto?

Ahí fue donde sentí la voz de Det, muy asfixiada y miedosa.

—El volcán... —dijo apenas y se quedó tieso—. ¡Eructó! —chilló y su voz me salió por la nariz.

Corrimos a la casa.

La radio en ese momento anunciaba que había un volcán en erupción...

Sentí en mi dentror el calor y la fuerza del volcán. Mis dientes castañuelaban escupiéndose igual que piedras pomes volcánicas y ardientes. La casa entera daba vueltas como hélice de helicóptero y las caras de la Domi y de la mamá pasaban a todo chifle frente a mí. El Urquieta pasó apenas y no lo vi más.

De repente me di cuenta que era yo el que daba vueltas y estaba en órbita y cada vez me aceleraba más y más. Hasta que de pronto me elevé y salí disparado por la ventana en línea recta hacia el cielo.

Atrás iban quedando los platillos, satélites y estrellitas. Marte parecía venir derecho a mí a genial velocidad. Me tapé las orejas porque el zumbido era epiléptico y cerré bien los ojos para no ver el tremendo estrellón que me iba a dar al chocar con Marte.

Di un brinco de repente y me encontré quemante en el planeta marciano. Estaba tumbado en su suelo y mi ropa mojada se me pegaba al cuerpo. Por todos lados bailaban marcianitos luminosos al compás de una música y yo flotaba blando y suave como si fuera humo de cigarro. Costaba no volarse. Es lo malo que le pasa a Marte, no tiene imán como la Tierra.

Yo trataba de encontrar todo lo que vi esa vez: el carrusel de plata, el desfile del comando, la maquinaria marciana sin tiempo... Ahora no era igual. Quizás fue un sueño esa vez...

El aire estaba lleno de puntitos de luz, igual a Det. Uno no sabía de cuántos puntitos se fabricaba un marciano, ni cuántos había allí. Yo traspiraba a chorros y me dolía el cuerpo de flotar. Det me había abandonado y me sentía bastante raro en un mundo distinto.

Si al menos me pudiera parar, es decir afirmar los pies en algo. Pero no. Flotar y flotar que es muy cansador, sin poder agarrarse a nada. Porque todo flotaba. Los puntitos de luz de los marcianos, los platillos voladores

que daban vueltas y vueltas, las plantas, el agua, el suelo...

—¡Det! —grité a todo pulmón—. Ven a ayudarme.

—Estoy a tu lado —dijeron los puntitos bailones—. ¿Qué quieres?

—Quiero no dar más vueltas. Quiero afirmarme en algo. Me duele la cabeza... ¿Cómo llegamos aquí?

—Ya te dije que el volcán eructó.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Una erupción de volcán llega a Marte y yo me vine en ella. Como tú me tenías preso, te traje conmigo...

—¿Y ahora qué hago yo?

—Lo mismo que hice yo en la Tierra: aguantar.

—¿Hay volcanes en Marte?

—Hay cosas mucho más choras que eso...

—¿Hay aspirina? Si me das una aspirina para quitarme el dolor de cabeza me gustaría conocer Marte.

—Eso te pasa por tener cabeza. Aquí nadie tiene, por eso no hay aspirina.

—¿Y no se enferman jamás?

—¿Para qué van a enfermarse si no mueren?

"Así que yo voy a tener que aguantar este dolor y ni siquiera me puedo morir"... —pensé.

—¿Qué tiene que ver un volcán de la Tierra con Marte? —pregunté tratando de distraer mi dolor.

—Yo no sé ni averiguo. Pero un volcán es importante, en todo caso. Gracias a él estoy aquí —dijo Det.

—No me gusta vivir dándome vueltas y vueltas y flotando...

—Ya te acostumbrarás. Dicen que muchos se han acostumbrado.

—¿Hombres de la Tierra? ¿Hay gente nuestra aquí?

—Creo que antes eran... algunos. De lo que estoy seguro es que hay muchos ratones, monos y perritos. Más chicos que el Choclo, sí.

Me acordé de los recién nacidos. Si al menos no me lo hubiera quitado la vieja tendría al hijo de Chichi de compañero...

Flotando y flotando entre puntitos marcianos llegamos a una especie de estadio donde hacían cosas raras una cantidad de animales también raros. Uno no sabía si nadaban o agonizaban o si tenían un campeonato de algún extraño juego. Todos eran distintos unos de otros y algunos se aferraban de ramas largas y blandas que parecían mangueras de jardín al sol y chupaban

como si tuvieran sed.

—¿Qué pasa aquí? —le pregunté a Det—. ¿Quiénes son ellos?

—Tú deberías saberlo. Son visitantes.

—¿De la Tierra?

—Dale con la Tierra. De muchos planetas. Vienen aquí a intrusear... y ahí los tienes.

—¿Cuentan cosas?

—Más que todo preguntan, igual que tú. Se están tratando de acostumbrar...

—Oye, Det, algunos son grandes sabios en su tierra... Otros son astronautas, gente famosa. ¿Qué comen en esas plantas raras?

—Pregúntales a ellos. Están convencidos de que sorben grandes ideas de esas plantas. Creo que es lo que en la Tierra llaman Coca-Cola y que les quita la sed para seguir escribiendo leseras.

—Det, una vez soñé que había venido a Marte contigo, y...

—No soñaste. Vinimos.

—¿Por qué ahora está distinto?

—Eso es lo que no me entendiste la otra vez. Marte cambia todo el tiempo. Por eso no importa hacer siempre lo mismo y no morir. De repente cambia todo... todo.

—¡Qué raro!

—¿Por qué es raro? ¿Porque en la Tierra todo es siempre igual? Entiende: aquí también parece igual hasta que cambia...

—Pero ¿por qué cambia? —pregunté.

—¡Yo qué sé! También para que los intrusos no conozcan nuestros secretos...

—¿Y los platillos voladores? ¿No son intrusos que van a otros planetas?

—Son sabios, como los llamas tú.

—Oye, Det, tengo un calor inmenso ¿qué puedo hacer? ¿No hay mar en Marte? Me quisiera bañar...

—El mar de tu famosa Tierra es nuestro peor enemigo con sus olas y sus misterios del fondo. Aquí por suerte no existe.

—Yo no te quise llevar al mar porque tú le tenías miedo. Igual tú debías refrescarme ahora que me sancocho. ¿Hay montañas con nieve?

—Hay montañas con oro, con uranio, con mercurio, con lo que tú quieras, menos nieve...

—¿Y de qué sirve todo eso aquí?

—No nos interesa. Aquí no hay gente tonta que se preocupe de leseras.

—¿Nunca tienen sed?

—Nunca. ¿Qué es eso?

—Quizá esos sabios podrían fabricar agua o nieve y entonces...

—Pero si no nos hace falta. ¿Para qué?

—¿Tampoco hay guerras aquí ni guerrilleros?

Det no me contestó. Se había ido...

Una infinidad de marcianos bailaba como pulgas en torno a mi cabeza. Se iban acercando como abejas amenazantes y sentí que me la apretaban y apretaban...

¿Iría a cambiar Marte otra vez? Ojalá, porque yo me sentía atroz.

No sé cuánto tiempo pasó desde que se me volvió sombrero ese montón de marcianos que me estrujó la cabeza. No sé tampoco si vino el cambio en Marte o si salió otro volcán aquí en la Tierra.

Quizá me morí un rato o mucho tiempo...

Cuando desperté empapado y creyendo que por fin me había caído al mar, estaba en mi cama.



La mamá me miraba con pupilas de tigre y me echaba gotitas de agua

en la boca. La Domi lloraba sin sonarse y con hipo.

Las miré a las dos definitivamente. Me enderecé y les dije:

—He vuelto y tengo hambre...

—¡Alabado sea Dios! —dijo la mamá y corrió a buscar leche.

—Cuéntame Domi si me vieron llegar y cómo... —le pregunté en secreto.

—De verlo llegar, no lo vimos —contestó sonándose por fin—. Lo que pasó es que tuvo una bronconeumonía bien grave y casi se va de veras...

—Eso es lo que tú crees —contesté—. Pero sigue creyéndolo. Es mejor. Y dame mi diario porque tengo que escribir antes de que me olvide.

Apenitas me tomé la leche y me sentí mejor escribí esto.

El dolor de cabeza se acabó, la transpiración y las volteretas de cosas y de caras. Y también se acabó esa preocupación de tener a Det metido en mi dentror molestando y mandando y confundiendo.

Pero este diario mío es secreto y lo que yo aprendí de los marcianos no va a saberlo nadie.

Por haber faltado a mi palabra de contarle al Urquieta lo de Det se reventó el volcán y salimos disparados.

Prefiero quedarme aquí con mi secreto y mi diario y cuando sea grande voy a ser sabio sin haber estudiado ciencia y hasta los astronautas me van a reverenciar porque sabiendo tanto supe guardar secreto.